862.8
T2553a
v.40
no.4

El Maestro de Alexandro

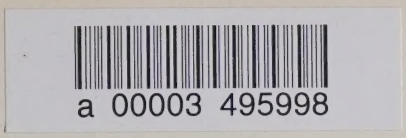
Zárate y Castronovo

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY

THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

862.8
M2553a
v.40
no.4


a 00003 495998

This book must not be taken from the Library building.

COMEDIA.

EL MTRO. DE ALEXANDRO.

DE DON FERNANDO DE ZARATE.

ACTORES.

ALEXANDRO.
TABACO, *gracioso.*
ELENA.
EL MARISCAL.
EL REY.
LIDORO.
ARISTOTELES.
JULIA, *Princesa.*
EL INFANTE CAMILO.
OCTAVIA, *Dama.*
UNA DAMA.
UN ALCALDE Y MUSICOS.

ACTO PRIMERO.

Salon, y salen Lidoro y músicos.

Lidor. El gran Príncipe Alexandro
se levanta ahora, suenen
los instrumentos, cantad
al sucesor del Oriente.
Sale con ostentacion Alexandro y criados que le dan de vestir, cantan los músicos, y sale Tabaco.
Músic. »De los luceros de Octavia,
»negros órganos de amor,
»sale quexandose el alba,
»de que se oponen al sol.
Alexand. Qué mucho, si mi alvedrio
esta deydad sujetó?
Ay Octavia! Proseguid:
la espada. *Lidor.* Bien se sonó.
Músic. »Por entendimiento alumbran,
»que como deydades son,
»tiran al alma derechos
»los rayos de dos en dos.
Alexand. Mi espíritu lo dirá,
pues de esas luces vivió.
La capa: proseguid. *Tabac.* Bueno:
yo llego á linda ocasion.
Músic. »De sus mismas claridades
»vista cobró el ciego Dios,
»pues vé por la voluntad
»las luces de su favor. (*rable.*
Sale al paño Aristóteles con barba vene-
Arist. Por Maestro de Alexandro
del Rey elegido estoy,
peligro corre la ciencia,
donde falta la razon.
Quiero mirar desde aquí
este Príncipe (el mayor
que tiene el Orbe) la luz,
que su espíritu sacó.
Alex. Denles quatro mil ducados
por el tono, letra y voz.
Un Músico. Gran Príncipe!
Otro Músico. Es Alexandro,
que no hay mas ponderacion.
Arist. Por cantar un tono, da
un señor, como señor:
claro está; pero si diera
al pobre lo que les dió
á los Músicos, no dudo
que fuera el tono mejor;
que no hay voz que sea divina,
si la caridad faltó.
Alex. Lidoro, amigo, no oiste
esta divina cancion

862.8
T2553a
v.40
no.4

en alabanza de Octavia?
Lidor. Como la compuse yo,
no me toca la alabanza.
Alex. Toma este diamante. *Lid.* Son
las músicas, que me inspiran,
deydades de tu valor.
Arist. El premiar á los ingenios,
es de un Príncipe blason.
Si lo que escribió el poeta
(que pocos escriben hoy)
es exemplar, que los versos
que enseñan con atencion
á enamorar, no merecen
ni lauro, ni estimacion;
los que enseñan á vivir
con virtud, alabo yo,
porque aquestos son escritos
á la luz de la razon,
y aquellos á la delicia;
y se distinguen los dos,
en que los unos son cuerdos,
y los otros no lo son,
pero el mundo está de suerte,
que se presume lo peor.
Alex. Es público, que yo adoro
á Octavia? *Lid.* Gran señor,
y no hay ninguno que diga,
que por gala y discrecion,
aunque no hubiera nacido
primogénito del sol,
que no merece de Octavia
(dexo aparte tu valor)
la celestial hermosura.
Alex. Aunque fué mi inclinacion
por hijo de Marte, siempre
aquel encendido ardor
de la guerra, mi albedrio
Octavia sola rindió.
Lid. Pues no basta tu grandeza
para abrasarse de amor
la Diosa de la hermosura?
Arist. Ah lisonja! quien te dió
entrada en el alma, puso
á gran peligro su honor.
Qué dulcemente se encanta
á la voz de este Ation
un Príncipe divertido!
con la verdad le engañó.
Que es galan, dice Lidoro
al Príncipe, y no mintió;
pero sirve su lisonja
de capa á la adulacion;
y verdades con lisonja,
ni lo han sido, ni lo son,
pues llevan para no serlo,
el engaño y la ambicion:
esta, mentira con alma,
y aquel, fábula con voz.
Alex. Tabaco? *Tab.* Señor? *Alex.* Por qué
estando aquí no has llegado?
Tab. Señor, como estabas dado
á las Musas, no llegué.
Alex. Haces versos? *Tab.* Qual y qual.
Alex. Son cómicos? *Tab.* Señor, sí,
soy poeta frenesí
con locura virginal.
Alex. Viste á Octavia? *Tab.* Ví su mucha
discrecion, gala y belleza
en esta pintura. *Alex.* Empieza.
Tab. Al vivo la pinto, escucha:
Salió Octavia, y salió el sol,
y asiéndole del cabello,
por quitame allá esas luces,
puso al dia como nuevo.
Pues qué diré de los ojos?
es locura hablar en ellos,
pues teniendo esclavos blancos,
se servian de dos negros.
Mirados á buena luz,
con linda estrella nacieron,
pues las niñas cada noche
se echan á dormir con ellos.
Las cejas negras, en blanco
vistieron el terciopelo,
y sobre nieve salian
las pestañas de los cielos.
Un clavel enano andaba
por su boca tan risueño,
que dió de manos á boca
con el alba, quando menos.
Cómo está el Príncipe? dixo;
respondí: si mal no entiendo,
en no viéndote está malo,
pero viéndote está bueno.
Riyóse con señorío,
quiero decir con dos Reynos,

por-

RBC/NcU

porque la boca partia
con la risa los imperios.
Qué mal tiene? replicó;
respondíla á lo discreto:
Señora, de mal de Octavia
pienso que se está muriendo.
Enternecióse, y llevando
á los ojos el lienzuelo,
(que quando lloran las Damas,
se enriquecen los pañuelos)
le comunicó al cambray
á solas su sentimiento,
con que al nevado cendal,
bien á costa de su dueño,
le vino como nacido
de perlas este secreto.
Ah señor, si la miraras
esparcir sobre su cuello,
en dos partes dividido
el cabello, y sin aseo
volar luces por el ayre
á baxar á su elemento!
Yo muchos pelos he visto,
pero tan largo, y tan bello
no espero verle jamas;
y si tú le ves, sospecho
que te llevan aquel dia,
si tienes entendimiento,
asido de voluntad,
al Cielo por un cabello.
Díxome: dile á Alexandro,
que el Rey su padre ha dispuesto
darle á la Princesa Julia
por esposa, que el decreto
baxó ahora, segun dicen,
del solio de su Consejo,
que ya le verá esta tarde,
si me concediere el tiempo
vida, para que se diga
la gravedad de mis zelos.
No pudo pasar de aquí,
porque se asomaron luego
al blanco de las pestañas
unos pedazos de cielo,
tan bellos y tan hermosos,
que dixeron los luceros,
que son plateros del sol,
mirándolos muy atentos,
que con ser perlas tan niñas,
no se les hallaba precio.

Arist. dent. Bien este necio ha pintado
en sus amorosos versos
á Octavia, de ingenio son,
pero es vicioso el ingenio.
Qué doctrina sacará
este engañado mancebo
de esta pintura amorosa?
animar vivos incendios
al amor, turbar el juicio,
dañar el entendimiento,
y destruir por un gusto
los Reynos y los Imperios.
Mucho pudiera decir
en razon de los ingenios,
pero pase por cordura
lo que se dexa en silencio,
que no faltará ocasion
para decirlo á su tiempo.
Salgamos á reprimir
juveniles desaciertos,
que los discípulos viven
en quanto dura el Maestro.

Sale Arist. Alexandro? gran señor!

Alex. Ya, Aristóteles, culpaba
vuestra ausencia. *Arist.* Si tardaba
el deseo, no el amor,
y es fácil el argumento;
porque si la imágen vive
en aquel que la recibe
por luz del entendimiento,
y vos en mi pecho estais
por lealtad y por amor,
quando no os veo, señor,
en el alma os retratais:
y es discurso prevenido,
y muy conforme á razon,
el ver por el corazon,
y no ver por el sentido.

Alex. Quedemos solos. *Tab.* No dura
la dicha con el agravio:
mil ducados este sábio
me quita de mi pintura.

Vase, y quedan solos.

Alex. Aristóteles? *Arist.* Señor?

Alex. Pues por sábio Consejero
os tiene mi padre, y yo

771205

por amigo, y por maestro,
fuerza será que me deis,
como quien sois, un consejo.
Arist. Señor, el peligro está
en acertar con el bueno,
que dar consejo es muy fácil,
y por mas dificil tengo
el admitirlo, que el darlo;
porque si el sábio mas diestro
le da contra la opinion
del que le pide, sabemos
que se pone á dos peligros;
uno, á disgustar al dueño,
y otro á disgustarse á sí:
y es desgracia del sugeto,
que aplicando un defensivo
para dar vida al enfermo,
le desprecien la triaca,
y le apliquen el veneno.
Alex. Bien sabeis quanto os estimo.
Arist. Y vos sabeis lo que os quiero,
pero el gusto de un señor
es delicado instrumento.
Si os habeis de disgustar
del consejo y de su dueño,
miradlo bien, porque yo
he de decir lo que siento;
y porque templeis la ira,
si os disgustare, primero
este aviso quiero daros.
El consejo es un espejo
de sábio, miraos en él,
y si no os parece bueno,
porque os hace mala cara,
el que le dexeis apruebo,
pero no que le quebreis;
que el que tiene algun defecto
en la vista, quando mira
al Cielo claro y sereno,
con ser espejo del Mundo,
le parece bien el Cielo,
mas siempre le dexa sano
dentro del entendimiento:
Heme declarado? *Alex.* Si.
Arist. Pues decid. *Alex.* Estadme atento.
Ya sabeis fuí inclinado
de mi heroyco nacimiento
á la guerra, y que segun
me inspira Jupiter Regio,
me anima mi corazon,
me califica mi esfuerzo,
y mi valor se acredita
con los vitales alientos.
Es poco ganar un Mundo,
yo juzgo que el Universo,
á mi grandeza, no hay duda,
le habrá de venir estrecho;
porque segun mi valor,
para que viva contento,
ó se ha de ensanchar el Orbe,
ó se ha de hacer otro nuevo,
porque este que está criado,
es para mí muy pequeño.
Arist. No pases mas adelante:
ese militar aliento
es propio de vuestra sangre;
pero lo que os aconsejo,
que conserveis, si ganais,
que el conquistar los Imperios,
mas consiste en la fortuna,
que en la fuerza; el mantenerlos
en justicia, es el blason
Imperial del vencimiento,
por ser mejor no ganarlos,
que ganarlos y perderlos.
Alex. Es verdad, pero decidme,
quién dirá que este ardimiento
bélico, aqueste valor,
y este espíritu soberbio
se ha sujetado al amor?
Arist. Quién lo ha de decir? los mesmos
que os hicieron, esos Dioses
que están en el Firmamento:
Venus os dá su calor:
luego amor infunde Venus.
Alex. Yo adoro á Octavia; mas ésta,
que viene á verme sospecho,
y podrá impedirme. *Arist.* Oidme:
El águila nueva, el vuelo
que dá primero, es salir
á gozar de su elemento.
El padre la va guiando,
y la llama desde lejos,
porque no pierda de vista
del dichoso nido el cerco.
Enamorase del sol,

cebase en sus rayos bellos,
y calándose las plumas
sobre la esfera del viento,
por introducirse rayo,
toca la region del fuego.
Llamala el padre, mas ella,
por agotar el lucero,
ó no vuelve, ó vuelve tarde
á su verdadero centro:
Aguila nueva salís
del ambito del gobierno.
Yo, como padre, os aviso,
y os llamo con el consejo,
el sol de Octavia mirais,
sus rayos os tienen ciego,
siguiendo su estrella vais,
llamaros es perder tiempo.
En quanto privan los rayos,
no se admiten los conceptos:
Si volvieredes al nido,
aquí teneis el Maestro;
si allá está la voluntad,
aquí está el entendimiento,
ó cegaos de todo punto,
ó no me pidais consejo,
que un espíritu no informa,
quando está sin vida un cuerpo. *vase.*

Alex. Un Oraculo de Apolo
por Maestro me dió el Cielo;
pero donde reyna amor,
el sábio no tiene imperio.

Salen Octavia y Elena, Octavia con un pañuelo en los ojos.

Octavia? mi bien? *Octav.* Señor?
Alex. Vos con llanto? qué pesar
pudo al cielo disgustar?
quien ha eclipsado el amor?
mi bien, qué os ha sucedido?
Octav. Lo que es fuerza que sepais.
Alex. Por qué, señora, llorais?
Octav. Señor, porque os he perdido.
Alex. Siendo mi amor inmortal,
perderme á mí no es posible.
Octav. Ser yo vuestra es imposible.
Alex. Que decís? *Octav.* Estoy mortal?
Alex. Quién se me puede oponer?
Octav. El ser yo tan desdichada.
Alex. No hay desdicha siendo amada,
vuestro soy, y lo he de ser:
quién os disgusta? *Octav.* Un rigor.
Alex. Quién le fulmina? *Oct.* Un pesar.
Alex. De dónde nace? *Octav.* De amar.
Alex. Quién le executa? *Oct.* Un traydor.
Alex. Contra quién? *Oct.* Contra mi fé.
Alex. La causa? *Octav.* Quereros yo.
Alex. Tengo yo la culpa? *Octav.* No.
Alex. Sabeis el autor? *Octav.* Si sé.
Alex. Pues habladme claramente,
sepa yo, divina Octavia,
quién os ofende y me agravia.
Octav. Escuchadme atentamente.
Príncipe y señor, querer
con finezas y suspiros
referir lo que os adoro,
que os idolatro, que vivo,
en fe del amor que os tengo,
que os debo dulces cariños,
que anteponeis á la vista
los riesgos y los peligros,
será escusado, supuesto,
que entre dos que se han querido,
qualquiera encarecimiento
es hypérbole sucinto.
Dexo aparte las finezas,
paso por los peregrinos
favores con que me honrais,
supongo los alvedríos
en sola una voluntad;
no alabo los siempre vivos
afectos de nuestro amor,
que no es tiempo, dueño mio,
de traer á la memoria
pundonores tan divinos,
quando está el honor pidiendo
remedio contra el peligro.
Habrá seis horas, señor,
(con qué pesares lo digo!
con qué dolores lo siento!
y con qué penas lo explico!)
que el Capitan de la guarda,
de parte del Rey Filipo
vuestro padre, que los Dioses
concedan de vida un siglo,
llegó á mi quarto con seis
Capitanes escogidos
de la guardia Macedonia,

y con secreto me dixo,
que entrase en una carroza,
que me esperaba en el circo,
sin que diese de mi ausencia,
ni de mi partida indicio.
Obedecíle turbada,
sin poder daros aviso,
por estar todos los pasos
cerrados por los Ministros.
Entré en la carroza, y dando
con el secreto debido,
el Capitan á su gente
todo el órden por escrito,
los Pegasos voladores,
ligero parto del Nilo,
en menos de media hora,
á la puerta de un Castillo
me pusieron, rodeada
de cien soldados Gelinos.
Por el fuerte mausoleo
entré, cuyo obscuro sitio,
al baxar un caracol,
de la muerte retorcido,
entendí que me llevaban
al sepulcro del abismo.
Salí á una quadra, señor,
cuyo dórico edificio,
con un trono autorizaba
la magestad de su sitio.
Sentados en él estaban
Numancio, Fabio y Lisipo,
Sátrapas de Macedonia,
y á su lado Federico,
de la casa de mi padre
sangriento y vil enemigo.
Aquí, dixo en altas voces,
viene Octavia, de Utelino
Duquesa, y de Macedonia
hermosísimo prodigio,
segunda Elena de Grecia,
pues tiene al Príncipe invicto
Alexandro, y sucesor
de nuestro sacro Filipo,
tan prendado, que desprecia
el sugeto peregrino
de Julia, hermosa Princesa
de los Imperios de Egypto.
La desigualdad es grande,
y si el Príncipe, vencido
de su belleza, se casa
(que es ignorancia decirlo)
con Octavia, nuestro Imperio
será escándalo nocivo
de las gentes, y el remedio
mas eficaz y preciso,
es, que muera Octavia: aquí
los Jueces vengativos
me ordenaron, que dixese,
si estaba por vos rendido
mi corazon, ó si vos
violen abais mi albedrío.
yo entonces (aquí, señor,
os pretendo agradecido,
os invoco generoso,
y os aclamo compasivo:)
Yo entonces, digo, llevada
de lo mucho que os estimo,
dixe: Sátrapas de Grecia,
y de su Imperio Ministros,
no solo quiero, idolatro,
adoro, pretendo, sigo
firme, amante, enamorada
á Alexandro; pero digo,
que los tormentos de Tebas,
las prisiones de Caio,
los cautiverios de Persia,
las penas de los Asirios,
los incendios de Caldea,
y de Grecia los martirios,
no serán todos bastantes
á sacar del pecho mio
al Príncipe, quien venero
por amante, por benigno,
por esposo, y por señor
de potencias y sentidos.
No hube formado, señor,
el último acento fino,
quando salió de una quadra
un rigoroso Ministro,
con un alfange en la mano,
cubierto el rostro atrevido.
Executa (dixo Fabio)
Presidente vengativo
de aquel tyrano Consejo,
nuestro decreto: en los siglos
no quede memoria, no,

de

de ese hermoso basilisco.
En este dolor, en este
impensado torbellino
de males, se turbó todo
este organizado vidrio,
latió con intercadencias
el material edificio.
A eclypse tocó la vista,
á ruina los sentidos,
á delirios las potencias,
y los delirios á juicio.
Adónde estás, Alexandro?
dice con tiernos gemidos:
por tí muero, dulce dueño,
por tí me matan, bien mio,
y en las aras de tu amor
el alma te sacrifico.
Aquí llegaba mi afecto,
quando de oculto retiro
salió, que cubierto estaba
de un roxo volante Syro,
el gran Monarca mayor,
que veneraron los siglos,
(vuestro padre) á quien el Orbe
aclama el justo Filipo.
Entre justiciero y pio,
asiéndome de la mano,
(favor que anubló el suplicio)
aquestas breves razones
con rostro grave me dixo:
Duquesa, este horrible amago
de la muerte que habeis visto,
es de mi justicia un rasgo,
y de vuestra ruina aviso.
La Princesa Julia, esposa
es del Príncipe mi hijo,
vos estorbais estas bodas
contra el mandamiento mio.
El amor, que le teneis,
es conocido delirio:
el que os tiene, vanidad
de su juventud y vicio.
Tomad estado, Duquesa,
á vuestra sangre debido,
y os daré esposo tan noble,
que iguale al blason antiguo
de vuestra casa: Alexandro
de Julia ha de ser marido.
Si pretendeis el laurel,
si no cesa este cariño,
si al Príncipe no olvidais,
si dais á su amor oidos,
esta sentencia, este horror,
este amago, este castigo,
que solo tira á la enmienda,
y no executa al suplicio,
por vida de mi Corona,
y de Alexandro, en quien miro
la sucesion de este Imperio,
que sea en vos un prodigio
de la muerte, un desengaño
de la hermosura del siglo,
sepultando vuestra casa,
vida, estado y señorío,
en las sombras de la muerte,
ó en los Reynos del olvido.
Esto dixo, y con el órden,
secreto, guarda y estilo
que me llevaron, volví
á Palacio á dar aviso
á vuestra Alteza, señor,
por quien muero, y por quien vivo.
Y supuesto que los hados:
(ó quien no hubiera nacido
para articular ahora
este rigoroso arbitrio!)
Supuesto, digo, que el Cielo,
(no sé, mi bien, lo que digo)
que los inmortales Dioses,
de su sólio cristalino
ordenan, quieren, decretan,
mandan (tiemblo de decirlo!)
que os goce Julia (qué horror!)
que os pierda yo (qué martirio!)
que me dexeis (qué pesar!)
que me olvideis (qué delirio!)
viva la voz en el pecho,
y muerto en el alma el brio,
os pido, os suplico, os ruego,
si con vos ha merecido
tantos años de finezas,
tantos dias de cariños,
que ameis á Julia, señor,
que os rindais á su albedrio,
que su belleza adoreis,
vuestro amor fué como el lirio,

flor

flor, que nace, para ser
de las flores el martyrio.
Julia os merece, señor,
ella es Princesa de Egypto,
dichosa, y yo desdichada,
segura, y yo con peligro.
Halle gracia en vuestros ojos,
y yo en los vuestros retiro;
ella prive, y cayga yo;
ella reyne sin olvido;
ella os goce, y yo lo llore;
halle premio, y yo castigo.
Ella nació para amaros,
no deis disgusto á Filipo
vuestro padre, ni altereis
aquestos Reynos unidos.
Lo que fué, ya se pasó:
ya no será lo que ha sido,
lleve el mar lo llorado,
el Fabonio los suspiros,
el Céfiro los requiebros,
y el olvido los cariños.
Mi bien, mi señor, mi amante,
todo el tiempo lo ha vencido:
casaos con Julia, señor,
que yo sola, sin alivio,
sin alma, sin vida, muerta,
sin amparo, sin auxilio,
perseguida, desdichada,
ántes que os vea, bien mio,
arrullar en otros brazos,
asistir en otro nido,
viviendo á otra voluntad,
y seguir de otro destino,
á mí me daré la muerte,
para que digan los siglos,
para que publique el Orbe,
para que sienta el abismo
la mas infeliz tragedia,
el mas estraño prodigio,
que vieron desde los Cielos
Astros, Planetas y Signos.

Alex. En todo el gusto ofendido,
en toda el alma agraviado,
con justa causa admirado,
y con mayor suspendido
quedo, sí; de haberte oido;
y sobre el dolor tirano,
el mas cruel, y el mas vano,
y el mas ingrato tambien,
es decirme tú, mi bien,
que á Julia la dé la mano.
Todo lo que no es vivir
de tu amor, es ofender
la gravedad de mi ser,
y condenarme á morir.
El Rey no ha de permitir,
con Cesario señorío,
violentar el gusto mio,
dedicado á tu belleza,
que la suprema grandeza
no se opone al alvedrio.
Por los Dioses soberanos,
que aunque supiera perder
la vida::: *Oct.* No, dueño mio,
muchos años la goceis;
mejor es que yo la pierda
por adoraros, pues es
el mayor blason quereros,
y el morir por vos despues.
Casaos con Julia, señor,
pues asi lo quiere el Rey,
tenga la razon su esfera,
la Magestad su dosel,
su pundonor la Corona,
su cumplimiento la ley,
el estado su lugar,
y su decoro el laurel:
muera yo por infeliz.

Alex. Vos me aconsejais, mi bien,
que os pierda? *El lienzo en los ojos.*
Oct. Sí. *Alex.* Vos decis
que á la Princesa la dé
la mano de esposo? Quando
habeis de ser mi muger,
vos con llanto me pedis,
que á otra dama quiera bien?
Oct. Sí, porque de otra manera
sé, gran señor, que os perdeis.
Alex. Pierdase la vida, acabe
la grandeza y el poder,
mejor es, que no escuchar,
que con lágrimas llegueis
á decirme, que me case
con otra, si os quiero bien,
con llanto pedís mi muerte.

Octav. La vida os pido con él,
y la razon es muy clara,
si la quereis entender.
Alex. De qué forma? *Oct.* No habeis visto
quando la tierra tal vez
está rebelde en casarse
con el mas florido mes,
que como es su amante el Cielo,
solo al Cielo quiere bien,
y que porque no peligre,
y pierda la hermosa tez,
el Cielo (de compasivo)
le va halagando cortes,
y que con llanto la riega,
que no se venga á perder?
Pues así yo, dulce dueño,
porque con Julia os caseis,
viendo que rebelde estais,
por ser conmigo fiel,
despido aqueste rocío,
cuyo nevado tropel
de lágrimas, derramadas
en favor de vuestra fe,
os conserven la grandeza,
y os afirmen el poder:
porque no hay en el mundo,
ni nunca le puede haber
remedio mas eficaz,
para ablandar de una vez
los humanos corazones,
que lágrimas de muger.
Sale Tabac. Señor, que viene tu padre.
Alex. Qué dices? *Tab.* Que viene el Rey.
Elen. Con él viene la Princesa.
Alex. Mi bien, yo os veré despues.
Octav. Está bien, el Cielo os guarde.
Alex. Yo, Duquesa, dispondré:::
Oct. Qué señor? *Alex.* Ser vuestro esposo.
Octav. Miradlo, señor, mas bien.
Alex. Qué he de mirar, dueño mio,
quando el alma me teneis?
Octav. Dichosa yo, que merezco
tan sublimada merced:
Ois, señor? *Alex.* Qué mandais?
Octav. Que en fin, mi esposo sereis?
Alex. Duquesa, el alma:::*Tab.* Acabemos,
que viene triunfando el Rey.
Elen. Y á su lado la Princesa.
Octav. Dios te guarde. *vase.*
Alex. A Dios, mi bien. *vase.*
Tabac. Oyes, Elena. *Elen.* Qué quieres?
no me puedo detener.
Tabac. En grande peligro estamos.
Elen. Tabaco, dime, por qué?
Tabac. Amiga, si se descubre,
como suele suceder,
que los dos habemos sido
del hábito de pequé,
terceros, nos han de dar
ducientos en el embes.
Elen. Yo, hermano, nunca he llevado
un papel, y otro papel
á mi ama ni á tu amo.
Tabac. Ama mia, ya no sé
sino que de noche andais
con el hábito en los pies
de tercera. *Elen.* Quedo, quedo,
el jardin vos le teneis
cultivado á puro embuste.
Tabac. Yo el jardinero serè;
mas vos inxeris las plantas.
Elen. Mentis, infame. *Tabac.* Está bien:
no os hagais luego de pencas
quando con ellas os den.
Vanse, y salen el Rey Filipo, la Princesa Julia y Aristóteles.
Rey. Vuestra Alteza, gran señora,
me diga su sentimiento.
Princes. Vuestro claro entendimiento
mi justa queja no ignora.
A casarme, gran señor,
con el Príncipe he venido:
y es desayre conocido
de mi grandeza y valor,
que heredando, como heredo,
por mi padre Julio á Tyro,
y ser Princesa de Egypto,
heroyco blason de Alfredo,
halle al Príncipe prendado,
con amor tan peregrino
de la Duquesa Utelino,
objeto de mi cuidado.
Sin dar estado, señor,
á la Duquesa, seria
poner la soberanía
de mi esclarecido honor

á peligro de adquirir
un disgusto de por vida,
y á ser zelosa homicida
la magestad del vivir.
Y supuesto que la accion
es en mí naturaleza,
y que la misma grandeza
justifica mi pasion,
déme vuestra Magestad
licencia para partirme,
adonde el honor confirme
su imperiosa gravedad:
que mas quiero padecer
duelo en el desprecio mio,
que un zeloso desvarío,
cometa de mi poder:
que es oprobio conocido,
y no menos declarado,
venir á tomar estado
con esposo divertido:
que la ley del pundonor,
con decoro establecida,
manda, que toda la vida
viva con solo un amor.
Y si Alexandro porfia
en querer bien á esta Dama,
viviendo de agena llama,
y muriendo de la mia,
no me está bien adorar
á quien no me ha de querer,
que adorar, y aborrecer,
es necedad singular.
Y así, vuestra Magestad
apague este incendio Griego,
ó cásese Octavia luego,
ó se me dé libertad:
que mas quiero generosa,
por conservar mi blason,
morir sin esta pasion,
que vivir, y estar zelosa.

Rey. Princesa, ya he prevenido,
para este daño presente,
el remedio conveniente;
ya Octavia tiene marido.
El Infante de Sydon
Camilo, del Rey de Tyro
hijo, cuyo ingenio admiro
por su rara discrecion,
esposo será de Octavia;
Aristóteles. *Aristot.* Señor.

Rey. De esta eleccion, qué sentis?

Aristot. Acertada es la eleccion,
si vuestra rara prudencia
la executa sin rigor:
llamo sin rigor, mirando
con los ojos de la union
el tiempo mas conveniente
debido á la execucion:
porque hay tiempo en que no logra
la justicia, por veloz,
por activa y rigurosa,
el alma de la razon.

Rey. Vos sois el primer Ministro
de mi Consejo: vos sois
mi mayor Privanza: sea
vuestro parecer el Sol
desta amorosa tormenta.

Aristot. Camilo viene, señor,
ofrecedle por esposa
á la Duquesa, que yo
os diré mi sentimiento:
luego hablarémos los dos.

Sale el Infante Camilo.

Rey. Infante, seais bien venido,
que ya os culpaba mi amor:
Cómo os ha ido en la caza?

Infant. Del bosque de Macedon
vengo, señor, á rendiros
las gracias del superior
afecto con que tratais
quien para servir nació
vuestra superior grandeza.

Rey. Camilo, obligado estoy
á los muchos beneficios,
que de Tyro y de Sydon
he recibido, y pretendo
(por debida obligacion)
casaros hoy de mi mano:
La Duquesa Octavia es hoy
de la Casa de Utelino,
(sangre mia) nuevo sol:
esta merece, Camilo,
por su rara discrecion,
por su hermosura, y por ser
de Macedonia blason,
ser vuestra esposa.

Infant. Qué escucho, *ap.*
quando adorándola estoy,
sin que este secreto sepa
otro, que mi corazon!
Señor, por merced tan grande,
á vuestras plantas estoy,
anteponiendo el afecto
á lo que puede la voz
articular; y pues llega
á decir el corazon
lo que ha tenido el silencio,
á la Duquesa adoró
el alma por simpatía
de las Estrellas, que son
inteligencias, que imponen
leyes á la inclinacion,
preceptos al albedrío,
y finezas al amor.
Rey. Dos bodas celebrará
Macedonia con honor,
la vuestra, y la de Alexandro.
Princes. Quien sin ventura nació,
tarde su fortuna logra.
Aristot. Octavia viene, señor,
conviene que la deis parte
de este concierto, que yo
diré lo que me dictare
la lealtad, y la razon. *Sale Octavia.*
Rey. Octavia? *Octav.* Señor?
Rey. No puede
humano poder violar
el decreto singular
de los Dioses, porque excede
aquel impulso divino
á nuestra misma pasion.
El Infante de Sidon
por esposo peregrino
os ofrece mi grandeza,
estimad vuestra ventura.
Princes. Merece vuestra hermosura
esta superior alteza.
Infant. Y será immortal en mí
este lazo superior,
como lo ha sido mi amor.
Octav. Qué desgraciada que fuí! *ap.*
Cielos, qué escucho! al Infante
por esposo me ofreceis!
Rey. Si, Octavia, vos mereceis
tener tan dichoso amante.
Princ. Qué decis? *Oct.* Que fué mi estrella
alma del afecto mio,
pues impone á mi albedrío
leyes para merecella:
(ay de mí!) *Rey.* Bien se conoce,
Octavia, vuestra cordura.
Princes. La nobleza se asegura,
quando al honor reconoce.
Rey. Grecia á un tiempo ha de lograr
dos casamientos, Duquesa,
el de Julia la Princesa,
y el vuestro. *Aristot.* Si á executar
se llegan los dos, primero
se case con el Infante
la Duquesa, que á un amante
sirve de Norte el Lucero
que idolatra; y si le ve
en otra esfera eclipsado,
lo que fué vivo cuidado,
es desmayo de su fe.
Casa á Octavia, gran señor,
primero con el Infante;
este arbitrio es importante.
Rey. Está bien. *Octav.* Sirva el dolor *ap.*
de apresurar á la vida
la muerte, pues la deseo.
Rey. Lógrese nuestro trofeo.
Princes. Su pasion es conocida.
Infant. Haga de mi dicha alarde
el corazon venturoso.
Princes. El Infante es vuestro esposo.
Octav. Qué desdicha! el Cielo os guarde.
Vánse todos, y queda Octavia.
Aquí dió fin mi esperanza,
aquí mi vida acabó,
aquí murió mi deseo,
y cesó mi pretension.
Era mia, claro está
que habia de morir en flor.
Sale Alexandro.
Alex. Mi bien, Duquesa, qué es esto?
Sospecho que el Rey salió
de esta quadra: hubo consulta
en agravio de mi amor?
qué ordenó mi padre? *Octav.* Cielos,
matadme, no viva yo,
porque no es justo que viva

quien sin ventura nació.
Alex. ¿Qué dices? *Oct.* ¿Qué he de decir,
querido dueño, y señor?
sino que con el Infante
mi desdicha me casó. (dre.
Alex. ¿Quién lo ordenó? *Oct.* Vuestro pa-
Alex. Es vana su pretension:
no es posible. *Octav.* ¿No es posible?
Alex. No, mi bien, viviendo yo:
morirá el Infante, y quantos
se opusieren con rigor
á impedir nuestro deseo.
Octav. Prive, señor, la razon:
oponeros al decreto
de vuestro padre y señor,
ni lo permite el decoro,
ni consiente el pundonor.
El casar con la Princesa
es debida obligacion,
por quien es, y porque el Cielo
así, mi bien, lo ordenó:
Revocar este decreto,
no es posible. *Alex.* ¡Qué rigor!
¿quereis que me case? *Octav.* Sí.
Alex. ¿Gustais que me case? *Octav.* No.
Alex. Declaradme aqueste enigma.
Octav. El alma le declaró:
No habeis visto, que tal vez,
al castigar con rigor
la madrastra á un niño tierno,
articula con la voz
el nombre de madre, siendo,
por redimir el dolor,
ó malicia de la boca,
ó arbitrio del corazon?
Pues así yo, como veo,
que á esta costosa union
corre peligro la vida,
digo, que os caseis, señor.
¿Pero qué viene á importar
en tan penosa ocasion,
que la boca diga sí,
si el alma dice que no?
Alex. Duquesa, si pretendeis
que muera, decidme vos,
que la dé á Julia la mano,
para que diga mi amor,
viendo que vuestro cariño
en olvido se volvió:
¿Para qué es, amor tirano,
tanta flecha, y tanto sol?
y duplicando los ruegos,
repita de nuevo yo:
¿Tanta municion de rayos,
y tanto severo harpon?
volved, señora, la aljaba,
pues veis que tan muerto estoy.
Octav. Si reparais, dueño mio,
en mi zelosa pasion,
yo podré decir, notando
de la Princesa el rigor,
de vuestro padre el poder,
(pues son contra mi opinion)
para quien no se defiende
bastaba fuerza menor.
Alex. ¿Y yo qué diré, mi bien,
oyendo con tierna voz
decir á la que venero,
(como á Deidad superior)
que la dexe, y que me case?
¿Esto dice quién amó?
¿esto escucha quién adora?
Pues en esta oposicion,
en esta horrible sentencia
(que mi estrella fulminó)
no bastaban de unos ojos
el venenoso rigor,
sino flechas de buen ayre,
y rayos de condicion?
Octav. ¿Qué decis, Príncipe invicto?
¿así agraviais mi valor?
¿así castigais mi fe?
y así negais el amor,
que se debe por derecho
á fe, que nunca mintió?
¿Yo no amaros? (¡qué locura!)
¿yo faltaros? (¡qué dolor!)
vivir sin vos? (¡qué ignorancia!)
¿olvidaros? (¡qué traicion!)
si no olvida quien bien ama,
¿cómo puedo olvidar yo?
Alex. ¿Pues por qué, hermosa Duquesa,
me pedis con llanto vos,
que case con la Princesa?
¿por qué irritais mi valor?
por qué despreciais mi afecto,

y mi firme inclinacion,
sabiendo que vuestros ojos
mi culpa y disculpa son,
y que fueron sus dos luces,
en competencia del Sol,
dulcísimo laberinto
del que en ellos se perdió?
Octav. Por qué, mi bien? porque en esta
atrevida oposicion,
en esta adversa fortuna,
aunque muera mi opinion,
aunque lo sienta mi fama,
y lo murmure mi honor,
dulcemente apetecida
idolatro una pasion:
y como por ella muero,
os ruego que ameis, señor,
por esposa á la Princesa,
aunque os engañe la voz,
que no es pequeña locura,
pues no lo disculpa Amor.
Alex. Antes moriré primero,
que la dé la mano yo.
Octav. Rayos en nublado arroja
vuestro padre. *Alex.* No observó
mi albedrío entre las leyes
severas del ciego Dios,
del enojado Planeta
la dura constelacion.
Octav. Pues mirad, que nos anuncia
desde la Estrella menor,
hasta el Lucero mas grave,
severa disposicion.
Alex. De las injurias del tiempo,
si recatándome voy,
ya anticipa la prudencia
advertida prevencion.
Y vos, de mi vida impulso,
que con negros rayos dos
haceis al Sol, y á la Luna
afrentosa emulacion,
no temais, aunque se oponga
el Consejo superior
de Grecia á nuestros amores,
que he de casarme con vos.
Octav. Pues disponed de mi vida.
Alex. Esa idolatra mi amor.
Octav. La vuestra es sol de la mia,
y luz de mi corazon.
Alex. Ayrosísimo peligro::
Octav. Querido esposo, señor:::
Alex. Menosprecio de la vida::
Octav. Alma de la estimacion::
Alex. Permitid, que las cadenas,
que tan puro amor forjó::
Octav. Ni se les atreva el tiempo,
ni la desesperacion.

ACTO SEGUNDO.

Salen Octavia y Elena.

Elena. Hasta quando, gran señora,
el llanto te ha de durar?
dexe un poco de imitar
al Alba tu hermosa aurora.
Octav. Estas que destila y llora,
lágrimas del alma son,
Elena, con la pasion
de mi incierto verdadero,
luces que alumbran primero
mi difunto corazon.
Ojos, llorad, pues que vais
aquesta noche á morir;
para qué quereis vivir,
si tan mal os empleais?
Si con el Infante dais
la muerte á todo un Amor,
vestid de negro al dolor,
que en este precepto justo,
siempre el casar á disgusto
ha sido el luto mayor.
Elena. Con el Infante esta noche
te has de casar. *Sale Tabaco.*
Tabaco. Dónde voy?
está la Duquesa aquí?
Octav. No te turbes, aquí estoy:
qué traes, Tabaco? *Tab.* Señora,
el Príncipe mi señor,
sabiendo que soy criado
en la tercera Region,
y que puedo, si yo quiero,
llevar un billete al Sol,
me ordenó, que con secreto,
(ese no le diré yo)
que te diese este papel,
sin ninguna dilacion,
porque importaba no menos,

que

que la vida y el honor.
El papel es este, y porque
encontré al Emperador
Filipo, que guarde el Cielo,
con su cara de Leon,
y temo que si nos ve
en este quarto á los dos,
haga de camino quatro
con mi persona: me voy
sin respuesta, porque Julia
me ha prometido un jubon
con doscientos alamares,
vergonzosa guarnicion,
y quiero hacerme de pencas
á pie, y á caballo no.

Hace como que se va.

Octav. Espera, Tabaco. *Tabac.* Pienso,
que soy Tabaco de olor,
y quisiera serlo de humo
en esta ocasion; à Dios. *vase.*
Elena. Abre, señora, el papel,
que aunque mudo, tiene voz.

Abre y lee.

Octav. Dice así: Si en el sarao,
que por ley de Grecia al Sol
en sacrificio se ofrece,
primero que el ciego Amor
ate con una lazada
uno y otro corazon,
te mandare el Rey, que des
al Infante de Sidon
la mano, responde, Octavia,
como soy tu esposo yo,
que aunque se pierda esta noche
Macedonia, con valor
sabré morir, ó vencer:
Tu esposo Alexandro. A Dios.
Elena. Guarda, señora, el papel,
que la Nobleza mayor
de Grecia acude á Palacio,
y el Rey con la ostentacion
mayor, que vieron los Orbes:
á su lado el de Sidon.
Alexandro, y la Princesa
delante, zelando al Sol,
vienen á esta quadra. *Octav.* Cielos,
concededme con valor,
ó la vida en Alexandro,
ó sin él, para blason
de mi honor, y mi fineza,
la muerte, pues fué mayor
trofeo perder la vida,
que vivir sin gusto. *Elen.* Yo
sospecho, que aquesta noche
se desquaderna en rigor,
á los impulsos de Marte,
todo el libro del Amor.

Tocan chirimías, y atabalillos, y salen Aristóteles, el Rey, la Princesa, el Infante, el Príncipe; y para danzar el sarao, el Mariscal, y Damas; y si hubiere dos, mejor: las Damas se sienten á su tiempo en unas almohadas, á la esquina del estrado, y toda la Campañia repartida á los lados.

Aristot. Si Jupiter soberano
no ampara con su poder
á Grecia, se ha de perder
con este incendio Troyano.
Rey. La mayor felicidad,
aunque lo sienta el amor,
es sustentar con valor
la ley de la Magestad.
Princes. El Príncipe, con disgusto,
mal disimula sus zelos,
yo mis penas y rezelos,
y Octavia su poco gusto.
Infant. La divina honestidad
de la Duquesa asegura
su grandeza y mi ventura,
efectos de su Deidad.
Alex. Aunque le pese al poder
desta Regia Monarquía,
ha de ser Octavia mia,
ó la vida he de perder.
Octav. Aunque la suerte homicida
se oponga á mi señorío,
ó Alexandro ha de ser mio,
ó yo he perder la vida.
Arist. Aquí ha de obrar la prudencia.
Rey. Aquí el poder ha de obrar.
Octav. Todo consiste en amar.
Alex. Con el amor no hay violencia.
Infant. Quién mi dicha ha impedir?
Princes. Quién se me puede oponer?
Alex. Amor, morir, ó vencer.

Octav.

Octav. Amor, vencer ó morir,
y el mejor arbitrio es,
pues el amor me le da;
pero el efecto dirá
lo que se verá despues.
Rey. Nobles de Grecia, alentad
este lazo superior
con el festivo primor,
debido á la Magestad.
Cumplid con zelo dichoso
el sarao, porque el Infante,
como verdadero amante,
la dé la mano de esposo
á la Duquesa: esta ley,
por Apolo establecida,
y de Grecia recibida,
hoy confirma vuestro Rey.
Haga Lidoro la salva
al Sol de este casamiento.
Lidor. Tu divino mandamiento
es la luz, saludo al Alba.
Lidoro (*habiéndose sentado las Damas en su estrado, y el Rey, Alexandro y el Infante en sillas*) *haga reverencia á los Reyes, dance, y despues saque á empezar el sarao á una Dama, y como vayan los Músicos cantando, dancen de dos en dos, hasta que saque el Infante á la Duquesa: ella dexa caer el papel de Alexandro á su tiempo.*
Music. »A las bodas felices, que el Cielo
»con Venus y Adonis celebra gentil,
»en el Solio sagrado de Delo,
»compiten á luces el Mayo y Abril.
»Las Deydades de Grecia dichosas,
»que brillan luceros, y giran centellas,
»con finezas del Alma amorosas,
»repiten Auroras, y lucen Estrellas.
»Las mudanzas, que firmes abrazan
»en coros alados volantes cometas,
»estaciones se juran de regios Planetas,
»adondé las almas tocan perfectas.
Vuelven á repetir, hasta que danzando el Infante con Octavia, ella dexa caer el papel de Alexandro, el Infante le alza, y hacen la reverencia uno á otro, y en tanto que él le lee, danzan otros dos.
Infant. Suplico á tu Magestad
cese el sarao, porque tengo
(ay de mi!) que hablarte á solas.
Aristot. El Infante alzó del suelo
un papel de la Duquesa.
Rey. Alguna desdicha temo.
Alex. Qué hiciste, mi bien? *Octav.* Señor,
valerme de tu precepto:
tu papel leyó el Infante.
Alexand. Cordura fué de tu ingenio.
Princes. La que nació sin ventura,
aró el mar, y sembró el viento.
Rey. Quedemos solos; no os vayais,
Aristóteles, que creo,
que os he menester aquí.
Quedan el Rey, el Infante y Aristóteles.
Aristot. Gran señor, ya os obedezco.
Rey. Ya estamos solos, Infante,
decid vuestro sentimiento.
Infant. No puedo decirlo yo,
que es ofender mi respeto:
Solo os digo, que mi honor
es solo de nacimiento,
á quién no eclypsaron nunca
los nublados del desprecio.
A la Duquesa Utelino
(fuese descuido secreto,
ó cuidado de su amor,
que seria lo mas cierto)
se le cayó este papel
de Alexandro, cuyo empeño,
en su valor es fineza,
y en mi altivez es rezelo.
Leedle, y vereis por él
su firme amor y mis zelos,
su atrevimiento y mi agravio,
su intencion y mi concepto.
Antes de haberme empeñado,
fuera mas justo leerlo;
pero ahora solo pide
este peligro el remedio:
Para con vos, esto basta;
de vuestra Casa soy deudo;
su Príncipe es Alexandro,
y heredero deste Imperio.
Infante soy de Sydon,
volved por mi honor os ruego,
y moderad de Alexandro
aquel ímpetu soberbio,

que

que hombres como yo, no sufren
tan ciegos arrojamientos,
que si me excede en Provincias,
le igualo en el nacimiento. *vase.*
Aristot. Siempre temí, gran señor,
de aquella causa este rayo,
y de aquel fuego este incendio.
Rey. Llamadle luego á Alexandro.
Aristot. El viene aquí, gran señor.
Sale Alexandro.
Rey. Vuestro parecer apruebo,
Alexandro, sin pasion:
es vuestro aqueste papel?
Alexand. Todo quanto dice en él
escribió mi corazon.
Rey. Sabeis que al Infante dí
á Octavia? *Alex.* Yo soy su amante,
y no he de dar al Infante
lo que quiero para mí.
Rey. Qué decis? *Alex.* Que la Duquesa
de Utelino generosa,
si vos gustais, es mi esposa.
Rey. Vuestra esposa es la Princesa.
Alex. Aunque á la obediencia ajusto
las leyes de mi valor,
no habeis de mandar, señor,
que yo me case á disgusto.
Rey. Vos quereis por la Duquesa
perder un Reyno triunfante?
Alexand. Yo se le doy al Infante,
y case con la Príncesa.
Rey. Con liberales misterios
dais lo que el valor ganó.
Alexand. En quanto viviere yo
no me han de faltar Imperios.
Rey. En qué lo fundais? *Alex.* Lo fundo
en que aquesta Monarquía,
es para mi valentía
un solo jardin del Mundo.
Este de muy buena gana
doy al Infante con gusto,
porque al primero disgusto
se le quitaré mañana.
Y no os admire lo adverso
de la fortuna, que obrando
con valor, está temblando
esposa de mí el Universo.
Y si he de ganar triunfante
el Orbe, en quien me retrató,
no es mucho, que de barato
á Grecia le dé al Infante.
Rey. Pues como vuestro valor
al amor se ha sujetado?
Alexand. Porque nunca es buen soldado
el que no ha tenido amor:
y si yo no le tuviera,
no me pudiera alentar
á vencer y á conquistar
toda la redonda esfera;
y es mi razon evidente,
y mi argumento acertado,
que al mas tímido ha enseñado
el amor á ser valiente.
Arist. Haced del amor alarde,
y prudencia del valor,
porque este juicio, señor,
se ha de reducir muy tarde.
Gran señor, la voluntad
es esfera del honor,
y no se rinde al amor
la suprema Magestad:
que aunque es acto indiferente
el usar mal del poder,
es claramente ofender
lo grave del accidente.
Querer bien, será virtud,
quando el propio sentimiento
no ofende al entendimiento,
desluciendo la virtud.
Amor no hace Monarquía,
ántes por él se perdieron.
Alex. Los que amaron, no admitieron
sutiles filosofías.
Aristot. Amar por inclinacion,
no es amar para ofender.
Alex. Quién os dixo, que el querer
no es alma de la razon?
Aristot. Serálo, quando la fama
no peligra en el sugeto.
Alex. Nunca se pierde el discreto
por querer bien á su Dama.
Aristot. La mediocridad del ser,
es amar con perfeccion,
por la luz de la razon.
Alex. Eso no puedo entender:
decidme, si estoy prendado,

no he de amar y porfiar?
Arist. No señor, no habeis de amar
contra la razon de estado.
Alex. Si os quitarades los años,
y tuvierais mi pasion,
vos mudarais de opinion.
Arist. Saben mal los desengaños.
Rey. Baste, Alexandro. *Al.* Señor, *ap.amb.*
si el enojo no templais,
á vos mismo os agraviais,
mirad que es ciego el amor.
Rey ¿Qué medio tomar se puede
en un negocio tan grave?
Arist. Lo que os puedo asegurar,
que en quanto no se ausentare
el Príncipe de la Corte,
no es posible, que se aparte
de su amor. *Rey.* Muy bien decís:
pero no querrá ausentarse.
Arist. Yo os diré, en estando solos,
de qué suerte será fácil,
y por ahora os conviene
alguna esperanza darle
de que ha de ser la Duquesa
su esposa: porque quitarle
con rigor de este cariño,
es alentar nuevos males,
y poner á pique un Reyno
de perderse ú de alterarse.
Rey. ¿Y si el infante pretende
lo mismo? *Arist.* Sepa el Infante
de que tratais que se ausente
Alexandro, porque case
al punto con la Duquesa,
con que templará al instante
su pasion y sus recelos.
Rey. Vos sois político grande,
y en todo vuestro consejo
he de seguir. *Arist.* Dios te guarde.
Rey. Alexandro, aunque pudiera
vuestra altivez disgustarme,
reparo que sois mi hijo;
y así, con amor de padre
procuro vuestros aumentos:
Aristóteles, que sabe
la naturaleza vuestra,
me aconseja que os ampare,
y que si fuere posible,
que con la Duquesa os case.
Alex. Es mi Maestro, señor,
téngolo en lugar de padre.
Rey. No os doy palabra, ni puedo,
hasta saber del Infante
el estado de su amor:
solo os digo, que repare
vuestra juventud briosa,
que es el secreto importante
para lo que se pretende:
Y no es bien que se declare,
y que á la Princesa Julia,
como si fuerais su amante,
por razon de estado ameis,
que yo celaré constante
vuestra fe, porque veais
logrado un amor tan grande.
Echase á los pies del Rey.
Alex. A vuestras plantas, señor,
teneis esta viva imagen
de amor y obediencia. *Rey.* Alzad,
Alexandro: el Cielo os guarde.
Vanse los dos, y sale la Princesa al paño.
Princ. Aqui está el Príncipe: honor,
pues sois zeloso juez,
salgamos hoy de una vez
de este mal pagado amor. *Sale.*
Alex. Aquí viene la Princesa, *ap.*
quiero hacer que no la he visto.
Princ. En vano el pesar resisto.
Alex. Voy á hablar con la Duquesa.
Princ. ¿Alexandro? *Alex.* ¿Gran señora?
Princ. A solas os quiero hablar:
sentaos, y mi sentimiento,
como Príncipe escuchad.
No he de cansaros, sabiendo,
que está sin gusto un galan
con dama que no ha querido:
yo seré breve, sin dar
que decir al corazon,
ni al alma que sospechar.
Vine á casarme con vos
habra seis meses y mas;
(años para mi decoro,
siglos para mi deidad,
para mi terneza agravios,
si yo me puedo agraviar.)
Prendado os hallé, señor,

(que no lo podeis negar)
de la Duquesa Utelino,
disimulé mi pesar
hasta ahora, por vencer
tan grande dificultad,
con no darme por sentida,
que en llegando á declarar
una muger como yo
sus zelos, la Magestad
del Cielo de su grandeza
se desliza, si no cae.
Yo en efecto no pretendo,
que por fuerza me querais,
que fuera en vos ignorancia,
lo que en mí temeridad;
ni quiero, que por Estado
(el arrojo perdonad)
os caseis conmigo, siendo
este amor sin igualdad;
porque tener yo marido,
y Octavia tener galan,
es infamia de la vida,
y oprobrio de la amistad,
que las leyes del honor
escritas con alma están
en el libro de la honra,
y no se rompen jamas.
Si á la Duquesa quereis,
con ella os podeis casar,
y no conmigo, que yo
no quiero amor al quitar.
Solos estamos los dos,
este enigma desatad;
habladme como quien sois,
sin engaño ni disfraz,
que entre zelos y desdenes,
si me decis la verdad,
vos veréis si os está bien,
como á mí no me esté mal,
que yo tengo entendimiento,
y vos tendreis voluntad.

Alex. Pues habló tan claramente, *ap.*
mi padre ha de perdonar;
yo no he de engañar á nadie,
que la mayor falsedad
que hace un galan quando quiere
á una dama, es engañar
á otra con el pretexto
de que no la quiere mal. *Al pañ. Oct.*

Octav. ¿Con Julia el Príncipe? quiero
lo que tratan escuchar.

Alex. Señora, lo soberano
de vuestra sacra Deidad
merece el laurel del mundo;
pero como siempre está
nuestro espíritu pendiente
del impulso celestial
de los Dioses, nuestras almas
son virtud de aquel iman.
Antes de veros, Princesa,
(mi locura perdonad)
ví á la Duquesa Utelino:
necedad parecerá,
supuesto que la habeis visto,
el quererla yo pintar,
porque delante del Sol
(aunque ella es sol oriental)
no es justo que brillen rayos
de enemiga potestad;
porque dama que desea
que la festeje un galan,
sabiendo que quiere á otra,
aunque sea una Deidad
la primera, á la segunda
le ha de parecer muy mal.
Y supuesto, que yo sé,
que os tengo de disgustar,
paso el retrato en silencio,
y voy al original.
Digo, pues, que á la Duquesa
con tan firme Magestad
la dí el alma; pero aquí
delito de amor será
dar que sentir á la vuestra,
porque en esta singular
fineza, con que pretendo
encarecer mi lealtad,
mi cariño y mi deseo,
parecerá vanidad,
que yo lo diga sin alma,
quando ella la tiene allá.
Yo, en efecto, estoy prendado
de esta divina beldad,
y por esposa en el alma
está recibida ya.
Yo quisiera, hermosa Julia,

con

con el Laurel Imperial
de esos orbes cristalinos
vuestras sienes coronar;
pero si el hado ha querido,
que Octavia venga á reynar,
sujetando mi albedrío
su belleza celestial,
perdonad el desengaño,
que á vos no os puede faltar
un Príncipe que os adore
con fineza y con lealtad.
Y supuesto que os he dicho
sin embozo, ni disfraz,
que adoro á Octavia, y que nunca
la he de poder olvidar,
el Cielo, Señora, os guarde
los años que deseais,
para gloria del Imperio,
y honor de la Magestad. *Vase.*

Octav. Bien haya tu vida amen;
¡hay mayor felicidad!

Princes. Quedamos buenos, amor.

Octav. ¿Princesa? ¿Señora? *Princes.* ¡Hay
mas tormentos, Cielos! *Octav.* Parece,
que con disgusto os hallais;
¿qué teneis? *Princes.* Nada; yo muero:
¡qué desdicha! *Octav.* ¿No me hablais?

Princes. Dios os guarde: ¿para quándo,
Cielos, mi muerte guardais?
muriendo me voy de zelos;
rabiando voy de pesar. *Vase.*

Octav. Declaróse; ¿pero quándo
no se declaran los zelos;
pues hasta los mismos Cielos
sienten quando están amando?

Sale el Infante. Aquí la Duquesa está,
si el honor es lo primero,
sepamos si vivo ó muero.
Vuecelencia bien podrá
condenar mi atrevimiento,
pero no la generosa
voluntad con que venero
sus virtudes poderosas.

Octav. ¿Qué me manda vuestra Alteza?

Infant. Suplícola que me oiga,
pues le debe á mis finezas
atencion s milagrosas.
Su Magestad (que Dios guarde)
á quien debo tantas honras,
me ofreció vuestra hermosura,
como sabeis, por esposa.
Otorgó mi voluntad,
que quando un amante adora,
ha menester pocos ruegos,
si su esperanza se logra.
En el sarao esta tarde,
con descuido, y cuidadosa,
me arrojasteis un papel,
saeta tan rigurosa,
que dió veneno á la vista,
y delirio á la memoria.
En él os dice Alexandro,
que á pesar del Asia toda,
habeis de ser su muger:
yo vengo á saber, Señora,
si este lazo superior
vuestro corazon otorga;
porque si es de parte suya,
y no de la vuestra, goza
con el desengaño el alma
la seguridad que ignora.
Esto pretendo saber,
porque pueda el alma sola,
ó vivir con el favor,
ó morir con la lisonja:
porque en tan grave peligro,
es confianza costosa
ignorar un desengaño,
y halagar una deshonra.

Al paño Alexandro.

Alex. ¿El Infante y la Duquesa
hablando los dos á solas?
escuchemos lo que tratan.

Octav. Que vuestra Alteza me oiga
le suplico, pues es justo,
que yo cortes le responda.
Y pues su noble accidente
con todo un desprecio lucha,
diré mucho, si me escucha,
y todo muy brevemente:
Que yo idolatro á Alexandro,
y que él me adora tambien,
no es necesario decirlo,
pues se lo dixo el papel
que leyó, cuyos renglones
con el alma veneré.

El intento de arrojarle,
como se vió, á sus pies,
fué porque haciendo mudanzas
en el sarao, ya se ve,
no imaginase que yo
las hacia por querer
casarme con vuestra Alteza,
pues nunca lo imaginé:
Que como yo no podia
de palabra responder,
le respondí por escrito;
que si en los festines es
el baylar hacer mudanzas,
á mi dueño no agravié,
que como danzaba firme
el alma con buena fe,
eran con vos las mudanzas,
y las finezas con él.
Bien sé que este desengaño
no dexa de ser cruel
para quien está prendado,
como vos, en querer bien:
pero si yo tengo amor,
y el amor no tiene ley,
y yo por ley de razon
amo al Príncipe, no es
sino noble el desengaño,
que desengaña cortes,
porque yo no puedo amar
lo que no puedo querer:
Que como está el corazon
prendado, como se ve,
de Alexandro, y Alexandro
es su dueño, y lo ha de ser,
no se ha de admirar ninguno,
que en este pleyto fiel,
mi corazon, de justicia,
lleve una vida de Rey.
Que vuestra Alteza merece
el soberano laurel
del mundo, nadie lo ignora;
y que puede pretender
la deidad de la hermosura,
siempre lo confesaré;
pero decirme que siga
del Rey la forzosa ley,
ni lo permite mi amor,
ni lo consiente mi fe.
Ser su esposa, no es posible;
quererle, no puede ser;
que tengo esposo, es seguro;
que me quiere, yo lo sé.
El morirá por mi amor,
yo por su amor moriré;
Julia no tiene lugar,
el Rey se cansa tambien.
Y supuesto que este amor
ha de tener mas poder,
pues estoy determinada
á morir siempre por él,
no se canse vuestra Alteza
en amar, ni pretender,
que Alexandro es mi marido,
y yo he de ser su muger.
Y con esto á Dios se quede,
que yo siempre rogaré
al Cielo le dé la vida
que su Reyno ha menester,
para gloria del Imperio,
y pundonor del laurel.
Suplicándole que diga,
pues es discreto y cortés,
porque alivie, como cuerdo,
su pasion y mi desden:
Arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer. *vase.*

Alex. Con valor le respondió
la Duquesa. *Inf.* Yo he quedado
zeloso y desesperado;
¿mas quándo no lo quedó
quien ama, y está prendado
de belleza semejante?
viven los Dioses... *Alex.* ¿Infante?
Inf. ¿Alexandro? *Alex.* Su cuidado *ap.*
es alma de su disgusto:
estais triste, ¿qué teneis?
Inf. Con la merced que me haceis
nunca puedo estar con gusto.
Alex. No os entiendo. *Inf.* Mi pasion
muy bien se dexa entender.
Alex. Esa pretendo saber.
Inf. No es esta buena ocasion:
vos la sabreis algun dia.
Alex. Haced del valor alarde,
porque para luego es tarde.
Inf. No es tiempo, ni yo podria

anteponer un pesar,
que me ha dado un desengaño,
hasta remediar el daño.
Alex. ¿No lo podreis remediar?
Infant. La palabra que me dió
el Rey, me la cumplirá.
Alex. De su parte bien podrá,
pero de la mia no.
Infant. La ley de la Magestad
es el alma de la ley.
Alex. Esa voluntad del Rey
pende de otra voluntad.
Infant. Pues mirárala primero,
ántes de habermela dado:
este estado es el que quiero,
porque quedaré muy mal,
si no logro con efecto
su palabra, y mi concepto.
Alex. Es concepto desigual.
Inf. ¿Cómo desigual? *Alex.* Infante,
hablemos claro: yo quiero,
amo, idolatro, venero,
como verdadero amante,
á la Duquesa, y por ella,
vida, estado, poderío,
ser, imperio y señorío
perderé por defendella:
y la Magestad, la ley,
el estado, la potencia,
la justicia y la violencia,
y todo el poder del Rey,
pues la tengo merecida,
no me han de poder vencer,
porque mi esposa ha de ser,
ó yo he de perder la vida.
Infant. Pues yo solo por mi honor
á ese estado me prefiero.
Alex. Sabré mataros primero.
Empuñan las espadas, y salen el Rey y Aristóteles.
Rey. ¿Qué es esto? *Alex.* Nada, señor.
Arist. No hay que exâminar el daño,
sino poner por defecto,
como Príncipe perfecto,
aquel político engaño,
á quien por ley general
llaman, con suma destreza,
segunda naturaleza
del dominio natural.
Rey. ¿Alexandro? *Alex.* ¿Gran señor?
Rey. Retiraos á vuestro quarto.
Alex. Vuestro gusto es mi obediencia.
Rey. Y vos, hasta que Alexandro
salga de la Corte, estad
en el vuestro retirado,
que yo sabré, como Rey,
la palabra que os he dado
cumplir, mirando, Camilo,
por vuestro honor: retiraos.
Infant. Como á dueño os obedezco,
y como á Rey soberano. *vanse.*
Rey. En fin, quereis que á Polonia,
que tiene el Persa cercado,
alce el cerco, pues sabiendo
que se retiró Alexandro,
se ausentará de la Corte,
duelo haciendo del agravio?
¿este es el fin? *Arist.* Sí señor,
por la parte que el Persiano
confina con vuestro Imperio,
se retire, que este daño
se remediará despues.
Rey. Este arbitrio que habeis dado
para que Alexandro olvide
á Octavia, si no me engaño,
es contingente. *Arist.* Señor,
lo que yo tengo estudiado
aprobará quien hubiere,
como Filósofo sábio,
estudiado en las escuelas.
Rey. Executad todo quanto
os dictare vuestro ingenio.
Arist. Gran señor, yo tengo dado
las órdenes convenientes,
solo falta executarlo,
y lo que conviene oid:
Ya sabeis que cumple años
hoy el Príncipe, y que Grecia,
al convite celebrado,
que en público vuestro hijo
hace, señor, en Palacio,
con todo lo noble asiste;
y que por festejo raro,
las Damas y las Princesas,
con Magestad y aparato
le traen de Marte trofeos,

sig-

significando este lauro,
que Venus y Marte son
dos Planetas encontrados,
que con la vista del uno,
el otro ostenta milagros.
Y supuesto que este dia,
para arbitrio que os he dado,
es tan importante, vos
al Templo de Marte sacro
podreis ir, para volver
quando fuere tiempo. *Rey.* Vamos,
que pues vos decis que importa
al aumento del Estado,
es justo que se execute.
Aristot. Sois Principe soberano,
y á los que quieren ser doctos
favoreceis como sabio. *Vanse.*

Salen á poner la mesa con la ostentacion posible criados, Tabaco y Elena, que los ayude, y los Músicos.

Tabac. ¿Quándo, Elena, cumples años?
Elena. Aun no los tengo medidos.
Tabac. ¿Tienes quarenta cumplidos?
no me trates con engaños.
Elena. Aun no he visto sacamuelas
en mi boca. *Tabac.* Eso es verdad,
las mugeres de su edad
siempre buscan saca abuelas.
Elena. ¿No es mi cara muy perfecta?
Tabac. Todas os poneis con vela,
sobre la cara de abuela,
cada dia cara nieta.
Elena. Infame, doy yo mi cara
al tocador? *Tabac.* ¿No te acuerdas
quando te hice una visita,
y te hallé con treinta botes,
veinte y quatro redomillas,
tres villetes de Guadix,
seis garrafas y una arquilla,
que te daban á la mano
barro de alguna piscina,
necesaria providencia
de los cienos de Turquía?
y que sacando albayaldes,
moro blanco de buxía,
albañil de chimeneas,
unas negras, y otras tintas,
te enjalvegaste la cara,
y al cubrirla por encima,
dixo el rostro buenas noches,
por no decir buenos dias?
Y que luego salió á plaza
el sebo, la trementina,
el buen arrebol sin sol,
la mostaza, las lanillas,
la hiel de vaca, el piñon,
el azucar, el atincar,
los cetrinos y los matas,
los limoncillos, las guindas,
el vinagrillo, los huevos,
las almendras, las pepitas,
el alcanfor, el carnero,
avenare, cebadilla,
raiz de lirio, neguilla,
gallina prieta, miel virgen,
dátiles de Berbería,
cebollitas de azucena,
vinagre taragontina,
y que de mirarte tantas
infernales sabandijas,
tocaron á descomer
el estómago y las tripas?
dime que miento? *Elena.* Villano:::-
Tabac. Calla, que el mundo se cifra
en solos veinte y dos años,
que tiene ahora de vida
Alexandro, y toda Grecia
á verle comer convida
los oidos á las voces,
las grandezas á la vista.

Tocan los Músicos, y salen el Príncipe, Aristóteles y acompañamiento; siéntase el Príncipe á comer, y cantan los Músicos.

Músic. A los años de Alexandro,
que siglos felices sean,
coronando está de luces
el Dios de la quarta esfera.
Aristot. En tan venturoso dia
debe, Señor, vuestra Alteza
hacer mercedes. *Alex.* Cantad.
Músic. Mudemos de tono y letra.
Cantan. A la hermosura de Octavia
saludaba el claro sol
con el clarin de sus rayos,
divinas flechas de amor.

Alex.

Alex. Buena letra, ahora podré
hacer mercedes. *Aristot.* Señor,
muchos nobles, que son pobres,
suplican : : : - *Alex.* Siempre soy yo
amparo de la nobleza:
fuera de tener racion
en Palacio, á cada uno
tres mil ducados le doy.
Arist. ¡Qué grandeza! *Alex.* Proseguid
con la segunda cancion.
Music. De los dos floridos meses,
la Diosa de Endimion,
casta corona le ofrece
luz á luz, y flor á flor.
Alex. ¿No hay quien pida mas mercedes?
Aristot. Aquí viene, gran Señor,
una lista de los presos.
Alex. Ninguno quede en prision.
Aristot. Los Soldados que han servido:
Alex. Mi Tesorero Mayor
les dé treinta mil ducados.
Aristot. ¡Qué Magestad! ¡qué valor!
Tocan Músicos, y van saliendo con las insignias Militares la Princesa, Octavia, y otra Dama; y como van llegando, dicen:
Aristot. Las insignias Militares,
por ley de Grecia y blason,
las Diosas de Macedonia
consagran á tu valor. *Vase.*
Princes. Aunque zelosa, confieso,
que sois, valeroso jóven,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adónis.
Alex. Si os hirió amor con su venda,
mi afecto sus velos rompe
para ligar sus heridas,
los rayos del Sol perdonen.
Octav. Es esta insignia de Marte,
por vuestra la luz del Norte,
y los volantes de Venus
mis bien seguidos pendones.
Alex. Viven, por ley del amor,
en nuestros dos corazones
un mal vivo con dos almas,
y una ciega con dos soles.
Dama. Con diferentes afectos
mis finezas os coronen,
pues sin tirarme amor flechas,
me coronó de favores.
Alex. A la que llevais delante
dedico mis tiernas voces,
que los firmes troncos mueven,
y las sordas piedras oyen.
Haciéndole reverencia, al son de Música, se van las Damas.
Alex. ¡Qué hermosa va la Duquesa!
todo el poder de los Dioses
se ha cifrado en su belleza.
Tabac. Oyes, Señor, sus dos soles
pueden ser soles delante
de quarenta mil Doctores,
pues en vez de tabardillos,
van pintando corazones.
Tocan caxas y clarines.
Alex. ¿Qué militar y bélica harmonía
en tan festivo dia
incita mi valor?
Dicen dentro.
Al arma, guerra.
Alex. Tiemble el ámbito todo de la tierra:
¿qué es esto? *Sale Aristóteles.*
Aristot. Gran Señor, que Macedonia
se ha vuelto otra confusa Babilonia:
el General Apolonio,
que tuvo á Persa cercada,
amancilló del Imperio
las esclarecidas armas.
Levantó el cerco, y el Persa,
con vencedoras esquadras,
viene talando la tierra:
llore Grecia esta desgracia.
¿Qué dirá el mundo, Señor,
si ve las fuerzas postradas
de esta Corona del mundo,
y de este laurel del Asia?
Qué dirá el Orbe? *Alex.* Suspende,
Aristóteles, la infamia
de Apolonio, quando el mundo
habrá menester ensanchas,
si le acuchillo con esta
horrible del Orbe parca.
Grecia vencida, viviendo
este corazon? ¿qué aguardan
mis Soldados? Luego al punto
toque Macedonia al arma,

de

desencáxense estos Polos
de las celestes bisagras:
aliste Marte en su esfera
quantas encendidas brasas
arden lucientes cometas,
brillan centellas con alma.
Marchen las tropas al punto,
que ántes que la antorcha sacra
devane luces al Mundo
en seis mansiones del Alba,
he de sujetar al Persa,
sin que de sus torres altas
memoria quede, que fuéron
del campo azul atalaya:
al arma, soldados mios. *Tocan.*
Tab. ¿No te despides de Octavia?
Ah señor. *Alex.* Dad órden luego,
que las legiones de guarda
marchen al punto. *Arist.* Llevóle
la naturaleza sábia. *vase.*
Tab. ¿Quieres ver á la Duquesa?
Alex. Toca al arma, toca al arma.
Tocan caxas, y al irse sale Octavia.
Oct. ¿Príncipe, señor, qué es esto?
Alex. ¿Qué ha de ser, Octavia? nada.
Oct. ¿Mi bien, pues vos os partis
sin verme? *Tocan.*
Alex. Divina Octavia,
¿yo sin veros? pero el Persa,
el clarin, la voz, la fama
me llaman, ¿llorais, mi bien?
Oct. Lloro, señor, mi desgracia:
servia mi corazon
al vuestro con vida y alma.
Alex. Yo con el alma y la vida
á una gallarda Greciana,
tan bizarra, como hermosa,
tan amante, como amada.
Octav. ¿No lo dicen los clarines
quando tocaron al arma?
Alex. El honor, querido dueño,
la reputacion, la fama,
en mi corazon han sido
de este rebato la causa.
Todos, mi bien, avisaron
á las mudas atalayas
del ocio, que yo vivia
en los brazos de mi Dama,
que oyó el militar estruendo
de las trompetas y caxas.
Oct. Espuela de honor os pica.
Alex. Y el freno de amor me pára.
Oct. No salir es cobardía.
Alex. Ingratitud el dexarla.
Oct. Salid al campo, señor,
sangre vierta la campaña,
que ella me será sin vos
duro campo de batalla.
Alex. Advertid... *Oct.* Salid apriesa,
los soldados os aguardan,
yo os hago á vos mucha sobra,
y vos á ellos gran falta.
Alex. No me enternezcais, que el pecho
todo á Marte se consagra.
Oct. Bien podeis salir desnudo
de las militares armas,
pues son bronce los rigores.
Alex. ¿Qué decís, esposa amada?
Oct. Que teneis de acero el pecho,
pues mi llanto no os ablanda.
Alex. Duquesa, mi bien, mi dueño,
tan dulce, como enojada,
dadme esos brazos. *Oct.* ¡Qué pena!
id con Dios, que ya se arranca
de mi pecho el corazon.
Alex. ¡Qué fortuna! *Oct.* ¡Qué desgracia!
¡nunca yo hubiera nacido!
Alex. Yo os empeño mi palabra
de ser vuestro, y de poner
todo el mundo á vuestras plantas,
porque con honra y con fe...
Oct. Yo me quede. *Alex.* Y yo me parta:
vaya á los Persas el cuerpo.
Oct. Y vaya con vos el alma.

ACTO TERCERO.

Salen el Rey y Aristóteles.

Rey. Triunfó del Persa Alexandro,
segun lo dice esta carta,
y con el triunfo el Imperio
en mayor peligro se halla.
Por no quererse casar
con Camilo, puse á Octavia
en prision; y aunque se pierda
Grecia, del Orbe envidiada,
ha de casar Alexandro

con

con la Princesa. *Aristot.* Son tantas
las dudas, que la razon,
ni se explica con palabras,
ni puede formar idea
en los secretos del alma.
Rey. Aristóteles, cerremos
la puerta á la confianza,
quede en los dos el secreto,
corra luego la palabra
de que la Duquesa ha muerto
en la prision: muera Octavia,
porque pierda la esperanza
Alexandro de este amor.
Aristot. Señor, el fuego que labra
el amor con el deseo,
dificilmente se apaga.
Poner á riesgo la vida
del Principe, á quien consagra
la sucesion del Imperio
el Cielo, fuera venganza
indigna de la prudencia.
Rey. Póngase, ó no, la palabra
que dí al Infante Camilo
de casarse con Octavia,
y á Julia con Alexandro,
se ha de cumplir. *Aristot.* Si la traza,
segunda naturaleza,
en vuestra idea se halla,
qué puedo yo replicar?
Rey. El Infante está en Bretaña,
y yo le daré á su tiempo
parte de la confianza,
que entre los dos se acredita;
y al Castillo de Girona,
adonde está la Duquesa,
pues que tan cerca se halla
de la Corte, podeis ir,
y á su Alcayde, cosa es llana,
le direis este secreto.
Y supuesto que de Acaya
viene el Principe marchando
con su gente, y la distancia
de ir y volver es tan corta,
con inteligencia sabia
dareis nueva de la muerte
de la Duquesa. *Aristot.* La varia
fortuna nunca acredita
tan peligrosa mudanza;
Miradlo, señor, mas bien.
Rey. Esto ha de ser, decretadla:
esta sentencia fingida
vive inmortal en el alma.
Vos habeis de dar la nueva,
en virtud de mi palabra,
de que murió la Duquesa,
porque quede bien fundada
por vos la nueva. *Aristot.* Señor,
aunque ha sido la crianza
del Principe ley en mí,
vos sois supremo Monarca,
obedecer á mi Rey
es lo que el Cielo me manda.
Yo voy, señor, á serviros;
pero acordaos, que esta traza
dificil tiene el efecto,
aunque es tan facil la causa.
Vase, y sale la Princesa.
Princes. Doy á vuestra Magestad,
y á mí me le doy tambien
el dichoso parabien,
propio de mi voluntad,
de la ya feliz victoria,
que contra el Persa ha tenido
el Principe, pues ha sido
de su valor nueva gloria.
Pero que mucho, si fundo
en su aliento singular,
que ha de venir á triunfar
de los terminos del Mundo?
Rey. Esa alabanza ha nacido
del amor que le teneis,
y es justo que le alabeis,
si ha de ser vuestro marido.
Princes. Es mi estrella tan cruel,
que no habiendo en mi mudanza,
pone á riesgo la esperanza
siendo la fe tan fiel.
Rey. Pues vos habeis de dudar,
estando Octavia en prision,
la debida posesion?
Princes. Es dificil de mudar
el amor, si es verdadero,
en sugeto aborrecido,
que se transforma en olvido
el que se adquiere postrero.
Tocan caxas y clarines, y dicen dentro.

Viva el Invicto Alexandro,
hijo del sacro Filipo,
Principe de tres Imperios.
Octav. Viva. *Rey.* El Principe ha venido,
y en instrumentos marciales,
con laudes de Marte vivos,
el Orbe le hace la salva.
Dentro instrumentos.
Princes. Y ya en coros repetidos
la harmonía soberana,
Filomena de los siglos,
le aclama Adonis Greciano.
Dentro la Musica.
Viva el rayo de Filipo,
el sucesor del Oriente,
que al Persa dexa vencido:
inmortal su nombre sea
entre los Dioses divinos.
En el templo de la fama
le ofrecen en sacrificio
laureles Jupiter regio,
Marte triunfos peregrinos;
trinad esferas, repartid zafiros,
que viva la diestra,
que triunfe el invicto
brazo poderoso del sacro Filipo.
Va saliendo acompañamiento de Soldados, y detras Alexandro, y Tabaco.
Alex. Por aliento de Jupiter sagrado,
en la grandeza vuestra colocado,
merezca mi obediencia, *Arrodillase.*
de amor inteligencia,
el besaros la mano.
Rey. Siendo de Marte rayo soberano,
el trono Militar, el quinto Solio,
será de vos eterno Capitolio:
levantad á mis brazos. *Levantase.*
Alex. Con tan dichosos lazos
será inmortal mi vida:
vuestra Alteza, Deydad esclarecida,
Planeta superior de las beldades,
y honor de las eternas Magestades,
me dé á besar su mano.
Princes. A la diestra de Marte soberano,
corta esfera será,
si bien dichosa,
el alma generosa:
esa os dedica, en fé de mi albedrio,
el justo afecto mio.
Alex. Qué novedad altera mi trofeo
el impulso mayor de mi deseo?
la Duquesa Utelino,
sol de mi amor divino,
con la Princesa no ha venido á verme?
disimule mi amor, que es ofenderme,
culpar celoso al sol,
de que ha faltado
con su luciente luz á mi cuidado.
Rey. Quedó vencido el Persa?
Alex. De Sydonia
puse cerco, señor, á Babylonia,
y asaltando sus dóricas almenas,
atalayas del sol, de rayos llenas,
se cerró con la fúnebre harmonía,
el luminoso parpado del dia.
A Susa pasé luego,
llevando la Ciudad á sangre y fuego:
recogiéronse al Fuerte de Virigo
los Soldados, señor, del enemigo.
Cerqué sobre la inmensa pesadumbre
aquel rayo de Marte que en la cumbre
del epyciclo propio de la Luna,
inmortal su fortuna
hizo por breves horas.
Llegaron nuestras huestes vencedoras,
trepando á las murallas,
y apenas coronallas
pudieron de alentados corazones,
quando se tremolaron sus pendones.
Desmontóle el altivo promontorio,
y dando vuelta al sacro Consistorio,
ó al Templo de Diana,
me puse sobre el fuerte de Brizana,
que en los confines de los caspios montes
beben del Sol los claros orizontes.
Los flecheros Brofones
asaltando los belicos balcones,
á un tiempo disparando de la cumbre
una nube de dardos, que á la lumbre
del Delfico Planeta se opusieron,
tan diestros anduvieron,
que al bajar por los rumbos sucesivos,
los clavaron en troncos medio vivos.
El fuerte se abrasó, y tributarios
quedaron los Siarios,
los Caspos, los Citones,

los

los Medos, y Sidonès,
y los fieros, simontes de la Hircana,
alimentados de la sangre humana.
El Imperial Exercito pasando,
los terminos cortando
la region de Babél, se puso luego
sobre la Corte del Persiano ciego,
á quien el Tygris baña,
y talando su Pérsica campaña,
en diez y siete dias la rendimos:
preso su Rey traximos,
incorporando á tu sagrado Imperio,
desde el monte Cyprino, al monte Berio.
Veinte y cinco Ciudades conquistámos,
siete Naciones barbaras domamos,
quedando el nombre de Filipo solo,
del uno al otro Polo,
grabado en los Anales
de esas laminas sacras Imperiales.
Y así, conquista, emprende, solicita,
tala, reforma, dá, castiga, quita,
postra, rinde, sujeta, sigue, abona; (be,
y pues no puede haber quien te lo estorgima el mar, tiemble el Sur, caduque el
Rey. De nuevo mis brazos sean (Orbe.
lazos de la estrella suma,
que alienta mi corazon,
que mis blasones ilustra.

Sale Aristóteles.

Arist. De mi obediencia forzado,
vengo á ponerme á la furia
de una juventud soberbia.
Alex. Aristóteles? *Arist*. No duda
mi lealtad de las finezas,
con que vuestra Alteza Augusta
favorece mis afectos;
pero la suerte importuna:::
Rey. Aristoteles, qué es esto?
quien vuestras canas disgusta?
qué ha sucedido? *Arist*. Señor:::
no sé yo como articula *Llorando.*
palabras el corazon.
Alex. Alguna desdicha anuncia
esta suspension llorosa,
aquesta elocuencia muda.
Arist. En el theatro del Orbe
os quiso, por ley injusta
ostentar severamente
sus decretos la fortuna.
A los jardines de Acaya
la soberana hermosura
de Octavia:: *Alex*. Qué escucho, cielos!
Arist. A quien el Mayo dibuxa,
fué, que las flores, señor,
de la vida mas segura,
si viven al Alba, mueren
entre la noche confusa.
Eclypsado salió el Sol,
revuelto en sombras caducas,
y entre tremulos desmayos,
mal rebozada la Luna,
melancólica baxóse
por una alameda adusta
de unos cypreces que fuéron
del mar atalayas mudas.
De ver su tristeza el agua,
que por los pensiles cruza
en parasismos de nieve,
si no se yela, se turba.
Divertianla sus Damas
con música que no gusta,
cuya armonía ajustaban
los facistoles de pluma.
Caláronse por el viento
algunas aves nocturnas,
exploradoras cobardes
de lóbregas sepulturas.
La bellísima Duquesa
se sentó sobre unas murtas,
mirando de un arroyuelo
la bien deslizada fuga.
Sobrevinola un desmayo,
mensagero que articula,
con las luces apagadas,
la sentencia mas segura.
Volvió dèl, articulando
entre palabras confusas:
Yo muero, valedme cielos!
Alex. La Duquesa? *Arist*. Sí, y en urnas
de nieve la blanca rosa
perdió la color purpurea.
Alex. Octavia? *Arist*. Si, gran Señor,
Acudieron las confusas
Damas, que la acompañaban,
á invocar sus luces sumas;
fue por instantes (que horror!)

el accidente (qué injuria!)
creciendo, y fué de manera,
que aquella alba hermosa, y pura,
aquella viviente flor,
aquella aurora diurna,
en un instante quedó
toda la color difunta,
sin aliento los vitales,
sin ornato la hermosura,
sin rayos de luz el Sol,
y sin resplandor la Luna.
Alex. Murió la Duquesa, Cielos!
Rey. Quedóse una estatua muda:
Alexandro, obre el valor;
Príncipe, lo que pronuncian
desde la esfera los Dioses,
sentencias son, que se ajustan
con las leyes inmortales.
Donde la princesa Julia
está, no pueden reynar
inferiores hermosuras;
descansad, porque se logre
de vuestra victoria augusta
el triunfo: vamos, Princesa.
Princes. El sentimiento, no hay duda,
viendo muerta á la Duquesa,
el corazon me atribula;
pero si es orden del Cielo,
ahora podré segura
ser esposa de Alexandro.
Aristot. Cumplí vuestra ley augusta.
Rey. La cumplisteis de manera,
con la fúnebre pintura,
que aun yo creí que era muerta
la Duquesa. *Arist.* Como cumpla
de su Rey el mandamiento
el vasallo, no le culpa
el engaño, porque nace
del ingenio la cordura. *vanse.*
Tab. Ah señor, señor. *Alex.* Quien llama?
Tab. Tabaco, yerba Maluca,
tan sonada por el Orbe
como la mala ventura,
pues te ve haciendo una sarta
de mundos para que engullas,
Jupiter, pues los imperios
los tragas como granuja.
Ten valor para llevar
la ausencia de la mas pura
Deidad, que formó de estrellas
la Diosa de la hermosura.
Si murió Octavia, señor,
supla la Princesa Julia.
Al. Calla, villano. *Dale á Tab.* Matóme,
porque me dió por la nuca:
mala lanzada le den
á mano que tanto es dura.
Alex. Cielos, como no turbais
esas centellas diurnas?
Octavia muerta, y yo vivo?
Secó la muerte caduca
la mejor flor de la tierra,
de los Cielos la luz pura,
la perla del mejor nacar,
y el Sol de la esfera suma?
Ya se eclipsó de mis ojos
la viviente antorcha, en cuya
sagrada llama era Fenix
esta vida ya difunta?
Ya no he de verte, beldad,
con que los Dioses se ilustran?
Ya no he de gozar, Octavia,
de tu divina cordura,
de tus cariños constantes,
de tu gravedad augusta,
de tu beldad soberana,
y peregrina hermosura?
Asi, mi bien, te ausentaste?
asi, esposa honesta, y justa,
dexaste, á quien idolatra
la Deidad, que el Cielo ilustra?
O rosa, que deshojada
fuiste á la Aurora purpúrea!
O dulce paloma alada,
que volando á las cerúleas
campañas de fuego, y nieve,
las llamas de amor apuras!
Qué importa que me corone
de Imperio la llama rubia,
ni que de mi nombre tiemblen
las Naciones mas adustas,
si el alma le falta á aquella,
que fué en la adorada cuna
del Sol, el movil primero
de mis potencias augustas?
Pero ya adivina el alma,

por

por seguras conjeturas,
quien dió muerte á la Duquesa:
la razon de estado injusta
me quitó mi amada esposa,
porque casase con Julia.
Tirana ley este lazo,
esta amorosa coyunda
rompió á pesar de los Dioses,
que las voluntades juntan.
Irritado el Rey mi padre
de la pretension mas justa,
que vio el robador de Daphne,
hizo á mi amor esta injuria.
El consejo fué cruel,
de Aristóteles sin duda:
política, que fué siempre
mina, que voraz anula
con el fuego del estado
la ignorancia mas segura.
Qué aguardo, que á la venganza,
hydra ardiente de mi furia,
no acudo quando me llama
de aquella inocente justa
la sangre? piérdase Grecia,
salga la princesa Julia
de Macedonia, y turbada
esta maquina confusa,
delire á ruinas su nombre,
caduque á mortales furias
este imperio, y vierta el alma
esta nociva cicuta,
este fuego que me abrasa,
zeloso ardor, que trabuca
las potencias racionales,
que los sentidos ilustran.
A mi esposa diéron muerte?
ya sus luceros no alumbran
mi espíritu? y se apagaron
aquellas antorchas puras
de Diana? loco estoy!
Tabac. Señor, ahora se usa:::
Alex. Sabes tú quien la dió muerte
á mi Esposa? *Tab.* Ya caduca:
Si señor, que la mataron
porque te cases con Julia. (dre,
Alex. Quién la mató? *Tab.* Quien? tu pa-
por no ser suegro: eso dudas?
pues tu Maestro::: *Alex.* Ese fue
el alma de aquesta junta.
Tab. Es Filósofo sin alma,
que pocos de ellos la usan.
Alex. Yo me abraso. *Tab.* Yo me quemo.
Alex. Etnas arrojo. *Tab.* Yo furias.
Alex. Arda Grecia. *Tab.* Arda Bayona.
Alex. Muera luego. *Tab.* Lleven tunda.
Alex. Muera Aristóteles. *Tab.* Muera
por Maestro de difuntas.
Alex. Aras haré el Capitolio.
Tab. Serás un rompe colunas.
Alex. Ya por esta puerta, Cielos,
que secretamente oculta
al quarto de la Duquesa
pasaba, queda difunta
su luz: por aqui solia
venir la aurora diurna.
Tab. La palomita de Venus.
Alex. La Deidad de la hermosura.
Tab. La corderita balando.
Alex. La castidad de la Luna.
Tab. La pásome acá que llueve.
Alex. La Magestad mas augusta.
Tab. El Angel mas humanado.
Alex. Qué horror! Qué pesar!
Tab. Qué angustia!
Alex. Qué muerte!
Tab. Qué disparate!
Alex. Qué crueldad!
Tab. Y qué locura!
Alex. Memorias, matadme luego.
Tab. Volvióle otra vez la furia.
Señor, mira que te matas,
y que no hay en Grecia un Cura
por un ojo de la cara.
Medicos hay que te curen,
y que por darles el pulso,
te darán la sepultura.
Alex. Dí á la Guarda, que ninguno
entre á verme. *Tab.* Ya se enluta.
Alex. Saca luces. *Tab.* Aquí estan.
Pone luces, bufete, recado de escrivir, y vase Tabaco.
Alex. Vete luego.
Tab. Voyme á obscuras.
Alex. A mis capitanes quiero
escribir, que mis soldados
en Sypra esten alojados;

ven-

vengar este agravio espero.
Los cómplices atrevidos
castigaré de tal suerte,
que sea espanto su muerte
de los Persas y los Griegos
pues malogró mi esperanza
su rigor, para apagar
esta llama singular,
sea incendio la venganza:
Asi lo quiero escribir
á Cesar, Octaviano:
vaya lineando mi mano
los renglones del vivir.

Ponese á escribir, y salen por una puerta Octavia, y un Alcayde.

Octav. Alcayde, vuestra lealtad,
en riesgo tan conocido,
sabrá premiar Alexandro.

Alcay. El Emperador Filipo,
como os he dicho, ordenó,
(que fué rigoroso arbitrio)
que corriera la palabra
desde Macedonia á Egypto,
de que erais muerta. *Octav.* Ya sé
lo que os debo, Federico:
hablar pretendo á Alexandro,
para que sepa que vivo
en virtud de sus finezas;
luego volveré al Castillo
para asegurar el orden
que teneis. *Alcayd.* Mi vida fio
de vuestra grandeza. *Octav.* Yo
por esta parte he venido,
porque de mi quarto tengo
las llaves: Cielos, qué miro!
escribiendo está Alexandro.

Alex. Parece que siento ruido:
quien es? *Oct.* Mi bien? Alexandro?

Alex. Es ilusion del sentido?
es Octavia? *Octav.* Si, yo soy,
que vengo desde el Castillo,
adonde he estado en prision,
á decirte, esposo mio,
que vivo; que el Rey tu padre
con este engaño ha querido
casarte con la Princesa.

Alex. Con el alma te recibo,
esposa, mi bien: es sueño?
que vives, dueño querido?

Octav. En virtud de que te adoro
ha vivido mi albedrio,

Alex. Ahora venga la muerte.

Octav. Al Alcayde de Federico
se debe aquesta fineza.

Alcayd. Mi vida te sacrifico.

Alex Premiaré vuestra lealtad,
pues con valor habeis sido
el iris de esta tormenta.

Alcayd. Por vos es gloria el peligro.

Octav. Señor, vuestro padre airado,
porque al Infante Camilo
negué la mano de esposa,
me envió presa al Castillo
de Girona, donde es fuerza
que vuelva con Federico
para asegurar al Rey.

Alex. Mi bien, lo que determino
(pues permitiéron los Dioses,
que mis ojos ayan visto
el idolo que venero,
y la imagen por quien vivo)
es disimular mi agravio,
no darme por entendido
de que vives, alentar
la pretension de Filipo
mi padre, ganar á un tiempo
los corazones altivos
de mis fuertes Capitanes,
y el sacro Laurel invicto,
que ha de coronar mi frente
en los venideros siglos,
dedicarle:: *Oct.* A quien? *Alex.* A vos,
adorado dueño mio.

Oct. Bien debeis á mis finezas
ese afecto peregrino;
y porque puede venir
el Emperador Filipo,
vuestro padre, á visitaros,
quiero volver al Castillo,
que yo volveré, señor,
con este secreto mismo
á veros, y á consultar
el remedio mas preciso.

Alex. Aunque sé que ha de costarme
este forzoso retiro
el disgusto que procede

de

de vuestro agravio y el mio,
antepongo vuestro honor
al gusto de los cariños,
que entre dos amantes logra
la fe de un casto designio.
Octav. En vano se cansa el Rey
pretender á un albedrio,
que es prisionero de amor,
pues vos le teneis cautivo.
Alex. Si se transforma quien ama
en el sugeto querido,
yo vivo sin libertad,
pues muero de lo que vivo.
Octav. Si viniere la Princesa,
advertid, dueño querido,
que si nació para amaros,
yo nací para serviros.
Alex. Vos dudais de mi firmeza,
sabiendo lo que os estimo?
Octav. Como nací desgraciada,
sin dicha mi estrella sigo.
Alex. Alexandro es vuestro esposo,
qué temeis? *Oct.* Nació de Egypto
Princesa Julia, Señor,
yo Duquesa de Utelino. *Llorando.*
Alex. Llorais, mi bien?
Octav. No señor.
Alex. Con suspiros el Sol mismo?
con lagrimas el Aurora?
advertid::: *Octav.* Nunca habeis visto
quando arrancan un clavel
del tronco donde ha nacido,
que al gemir la verde rama,
y al dar el postrer suspiro,
en seña de que lo siente,
del Alba arroja el rocio?
Pues así mi corazon,
viendo, que sus enemigos
le quieren sacar del pecho
el alma con que ha vivido,
de lo interior de los ojos
arroja aqueste rocio,
cuyo nevado elemento
es, á fuerza de suspiros,
aljofar, que le desata
el clavel de su cariño.
Alex. Aristoteles, señora,
viene aquí. *Oct.* Lo que os suplico,
que no olvideis mis finezas.
Alex. De ellas pende mi alvedrio.
Octav. Pues con esa confianza:::
Alex. Será mi amor peregrino.
Octav. Será mi afecto dichoso.
Alex. Admiracion de los siglos.
Octav. De los amantes exemplo.
Alex. De los laureles prodigio.
Octav. Para que publique Grecia::
Alex. Desde Macedonia al Nilo:::
Oct. Que solo á Alexandro adoro. *vase.*
Alex. Yo á la Duquesa Utelino.
Aristoteles ha sido
quien dió este consejo al Rey,
politica, cuya ley
ha fulminado el valído:
Aristóteles?

Sale Aristóteles.

Arist. Señor?
aqui importa la prudencia. *ap.*
Alex. Valeos de vuestra ciencia
contra mi justo dolor.
Arist. No ay ciencia con el poder,
que se ciega con razon
de una amorosa pasion.
Alex. Yo he llegado á conocer,
que vuestra ciencia me agravia.
Arist. A vos no os puede agraviar
la Deydad mas singular.
Alex. Vos disteis la muerte á Octavia.
Arist. Yo gran Señor? *Alex.* Sí.
Arist. Mirad,
que soy del honor espejo.
Alex. El Rey por vuestro consejo,
(esta es segura verdad)
á Octavia puso en prision,
y por materia de Estado
dexó su sol eclypsado;
pero sabrá mi pasion
de aquella Deidad sagrada,
rayo de mejor Oriente,
vengar la sangre inocente
con los filos de mi espada.
Arist. No habeis, señor, conocido
al hombre que os ha criado?
Alex. Del Rey estoy agraviado,
y de vos muy mal servido.
Arist. Yo nunca puedo servir

mal,

mal, si me ajusto á la ley,
porque quien sirve á su Rey,
es leal hasta morir:
de mí la obediencia aprende
á servir al superior.
Alex. No es buen maestro de honor
el que al Discípulo ofende.
Aristot. Mi consejo nunca dió
aliento á la tiranía,
que el vapor se opone al dia,
pero nunca le eclipsó.
Alex. Vuestro consejo fé ley
del Estado, y no fué sabia,
pues la dió la muerte á Octavia.
Aristot. Yo solo sirvo á mi Rey.
Alex. Luego ya habeis confesado,
que fuisteis el movedor
de este criminal error?
Aristot. Yo sirvo como criado.
Alex. Luego aquel sol inocente
no murió con pena igual
de su muerte natural?
Aristot. Murió de humano accidente.
Alex. Los consejos interiores,
aunque tan secretos fué-on,
los Cielos los descubriéron:
no trato de los traidores,
que yo sabré conocellos,
y los sabré castigar.
Aristot. No ocupo yo ese lugar.
Alex. Pues vos sois el uno dellos.
Arist. Yo traidor? mi fe condeno
si á ese título la igualo,
que nunca un Maestro malo
sacó Discípulo bueno.
Si mi ciencia entre los dos
como padre repartí,
llamarme traydor á mí,
es agraviaros á vos.
Por clases tan inhumanas
no pasó mi mocedad,
porque de estudiar lealtad
me saliéron estas canas.
Yo traydor? (oh pese á mí!)
Os enseñé la leccion
alguna vez con traicion,
quando verdades leí?
Discipulo sin piedad
os halla mi pensamiento,
pues dandoos entendimiento,
me negais la voluntad.
Yo traidor? No viva, no,
esta caduca ruina,
que pues murió mi doctrina,
es justo que muera yo.
Si en el honor me tocais,
la vida os puedo decir,
que si os enseña á vivir,
vos á morir la enseñais;
y pues con desprecio hallo
el honor en que me fundo,
conquista, Señor, el Mundo,
pues yo trato de dexallo;
que mas Reynos, por igual,
os tengo yo grangeado,
adquirido y conquistado
con el valor racional,
que quantos en el abismo
de la ambicion puede haber,
pues os enseñé á vencer,
como sabeis, á vos mismo;
y así, Maestro de honor
puede buscar el Estado,
porque no esté acompañado
un Principe de un traidor.
Hace que se vá.
Alex. Aristóteles, oid,
no os vais, que tengo que hablaros.
Ari. Qué es lo que me mandais? *Al.* Llega,
y dame luego los brazos
por Maestro, y por amigo.
Arist. En ellos os he criado;
pero brazos desleales
no son de un Principe. *Alex.* Vamos
á lo que importa, que yo
os estimo como sabio,
y como á tal, un consejo
os he de pedir, notando,
que mis palabras son leyes
de mi valor soberano;
y porque veais que tengo
de vos justa queja, al caso
hemos de ir, porque consiste
en él la vida de entrambos.
La nueva que me traxisteis
quando yo llegué á Palacio

de

de haber muerto la Duquesa,
no es cierta, porque fué engaño
de mi padre, presumiendo
con este pretexto falso,
que yo casase con Julia:
en todo no he de culparos,
que las ordenes del Rey
obedecen los vasallos.
Octavia ha venido á verme,
que Federico, obligado
de su grandeza, le dixo
el secreto. Yo he notado,
que se ha de perder el Reyno,
si á Octavia no doy la mano
de esposo, porque con Julia
no ha de casar Alexandro:
Ya os descubrí mi secreto,
y pues de vos me he fiado,
ordenadlo de manera,
que queden asegurados
los tres Imperios de Grecia,
sin guerra aquestos Estados,
Julia sin la pretension,
mi padre desenojado,
la Duquesa sin peligro,
y yo con ella casado.

Arist. El sabe todo el secreto: *ap.*
si Jupiter soberano
no pone su diestra aquí,
Troya ha de ser el Palacio,
y el Mundo; y así, conviene
luego al punto remediarlo.
Señor, vuestro padre viene,
luego hablarémos de espacio,
porque tan grave materia
pide consejo muy sabio.
Yo lo dispondré de modo,
(asegurando el Estado)
y cumpliendo con las leyes
de Maestro, y de vasallo,
que logreis vuestro deseo.

Alex. Mi honor pongo en vuestra mano.

Arist. Vos conoceréis, señor,
en lance tan apretado,
que Aristóteles ha sido
el Maestro de Alexandro.

Vanse, y salen el Rey, y el Infante.

Rey. Infante, siempre las leyes
de mas antiguo blasón
fueron con obligacion
las palabras de los Reyes:
Octavia vive, y será
vuestra Esposa con efecto,
y entre los dos el secreto
debida esfera tendrá.

Infant. Ya sé, señor, el intento,
y el secreto guardaré,
para que logre mi fe
tan felice casamiento.

Rey. A los Grandes he llamado,
para que juren primero
por legítimo heredero
al Príncipe: y ajustado
este decreto, despues
casará con la Princesa.

Infant. Con tan grande arbitrio, cesa
el militar interes,
que amenazaba, señor,
este Imperio, y yo consigo,
siendo Alexandro mi amigo,
el mas divino favor,
pues siendo Octavia mi esposa,
en mí un esclavo tendreis.

Rey. Vos, Infante, mereceis
gozar la Duquesa hermosa,
pues con este casamiento,
y el de Alexandro, consigo
el triunfo del enemigo
Syrico, que con violento
esquadron pretende entrar
por nuestro Reyno.

Infant. Señor,
solo con vuestro valor
me pudiera yo alentar.

Rey. Vamos para prevenir,
que esta noche el Parlamento
dé al Príncipe el juramento.

Infant. En todo os he de servir.

Vanse y salen la Princesa, y Tabaco.

Princes. Tabaco?

Tab. Señora? aquí
(sabe Dios lo que me pesa) *ap.*
dí en manos de la Princesa.

Princ. Fuiste á la guerra? *Tab.* Si fuí,

bueno es eso: en Montezuma
maté siete mil de un saco.
Princes. Y de qué suerte, Tabaco?
Tabac. Diles tabaco de humo.
Prin. Dime, y el Principe? *Tab.* Despacio.
Princ. No te tuvo por tercero
de Octavia? *Tab.* No, que primero
tuvo su quarto en Palacio.
Princ. No eras tu del nuevo empleo
quien los papeles llevaba?
Tabac. Sí señora, yo le echaba
las cartas en el Correo.
Princ. De tí Octavia se fiaba
quando la carta escribia?
Tabac. La noche que yo venia,
siempre la hacia cerrada.
Princ. Sintió su infelice suerte?
Tabac. Algo tiene de homicida.
Princ. Hace estremos por su vida?
Tabac. Por su vida, y por su muerte.
Princ. Quiereme? *Tab.* A mas no poder.
Princ. Adora su muerta estrella?
Tabac. No está tan ciego por ella,
que á tí no te pueda ver;
y es tanto lo que prefiere,
despues que Octavia murió,
tu persona, que sé yo,
que en mirándote, se muere.
Ayer me dixo en la mesa,
pues sin Octavia me quedo,
desde ahora, amigo, puedo
ver de espacio á la Princesa;
y de esta razon se infiere,
pues ya se muere por verte,
de que no puede quererte
mas de aquello que te quiere.
Princ. Qué dices?
Tab. Lo que has oido,
y lo que yo he reservado *ap.*
es propio para callado,
y mejor para reido.
Princ. Pues ántes que jure el Reyno
por Príncipe poderoso
á Alexandro, y á su lado
me vea en el sacro Solio,
le he de escribir un papel,
porque si ha de ser mi esposo,
me responda libremente.
su sentimiento, que es propio
de quien escribe, decir
su pasion: ya el negro adorno
de la noche eclypsa al dia:
trae luces, y espera solo
en aquesa galería.

Pone luces, y siéntase á escribir.

Tabac. Aquí la luz acomodo.
Princ. Empiezo á escribir. *Tab.* Y yo
me retiro poco á poco. *vase.*
Al paño. Oct. Del Castillo vengo, y todo
el Palacio anda revuelto:
Por estar el Rey con otros
Principes, no pude entrar
por mi quarto, y es forzoso
por el de Julia (que veo!)
aquí el peligro es notorio:
el Rey viene, obre el ingenio,
pasemos de aqueste modo
delante de mi enemiga.

Pasa delante de Julia muy severa, y se admira.

Princ. Valgame el Cielo! qué asombro!
qué horror! Octavia no es esta?
sin duda del sacro Trono
de los Dioses ha baxado:
Duquesa, yo dudo, como
el Rey, Alexandro, el Cielo,
Federico, Arnesto, Astolfo:::
Salen el Rey, y todos.
Rey. Princesa Julia, que es esto?
Princ. Señor, en severo rostro,
la difunta Octavia, ahora
fué relampago á mis ojos:
yo ví á la Duquesa. *Rey.* A quien?
Princ. A Octavia, que dando asombro
con los rayos de su ira,
la exclamacion de su enojo
á la noche::: *Rey.* Qué, decís?
Sale Alex. Orden traigo para todo
de Aristóteles, Princesa:
ese fué engaño notorio,
la imaginacion ofrece
semejantes alborotos

al

al animo. *Inf.* Así es verdad,
porque representa á todos
las mas vecinas especies,
y asi produce estos monstruos
visibles en lo aparente.
Rey. Sosegaos, que vuestro esposo
es Alexandro, no prive
esa vision, ese asombro
en vuestro animo constante.
Alex. Por mi dueño os reconozco,
y para que al Alba sea
nuestro noble desposorio,
á jurar vienen los Grandes
este lazo misterioso:
sosegaos. *Princes.* Vida habeis dado
(ó Principe generoso)
con esas nobles palabras
á mi corazon heroyco.
Sale Arist. Octavia vino, señor,
ya está prevenido todo.
Rey. Dese principio á la fiesta.
Arist. Las Damas con alborozo,
por principio de alegría,
ántes que el lazo amoroso
logre el debido trofeo,
representan en el trono
de Jupiter, pues que baxan
fingidas Diosas al Solio,
una Comedia festiva:
despues de ella, con adorno,
y Majestad, jurarán
por Principes poderosos
á Alexandro, y la Princesa,
cuyo Regio Capitolio
es, señor, el que la vista
infunde respeto, y gozo.
Rey. Empiézese la Comedia.
Arist. Los instrumentos sonoros
suspenden con su harmonía
los mas elevados coros.
Dama 1. Quien vive de lo que adora,
Ninfas sagradas del mar,
poco tiene de infelice,
mucho goza de Deidad.
Dama. 2. Felicidad, y hermosura
tarde se suelen juntar,
que el Sol de la dicha tiene
por norte la vanidad.

Por dos lados del tablado vengan dos Damas con dos apariencias cantando hasta el tablado.

1. Diosas del Parnaso, al Solio
de la Princesa baxad,
veréis en dulce Himeneo
la Diana que adorais.
2. El bello clarin de pluma,
turbado del Cielo ya,
con vos, señora, saluda
la Délfica Magestad.
1. Diosa de Jupiter sacro,
Aurora, y casto Lucero,
baxa á dar luz á la tierra,
goze la tierra del Cielo.

En acabando esta música, baxa Octavia en una nube, ó trono al tablado.

Rey. No es Octavia la que miro?
Infant. Octavia no es esta, Cielos?
Princes. No era vana mi ilusion:
la Duquesa::: *Octav.* Deteneos,
sacro Emperador Filipo,
Principes de Grecia excelsos,
Octavia soy, que he baxado
de los Palacios eternos,
por mandado de los Dioses,
á darle la mano luego
de esposa al Príncipe.
Alex. Lo que ordenaron
los Dioses, obedecemos
los Principes, y en el Solio
nos jurará todo el Reyno
por Principes soberanos.
Rey. Alexandro, que es aquesto?
Alex. Obedecer de los Dioses
el divino mandamiento.
Rey. A mi grandeza este agravio?
Arist. Gran señor, lo que los Cielos
ordenáron, fuerza humana
no se opone á su decreto.
El Príncipe, gran señor,
tiene las fuerzas del Reyno:
Octavia, de la prision
viene á verle con secreto:

yo,

yo, como fiel vasallo,
porque estos nobles Imperios
con guerra no se abrasasen,
dí al Principe este consejo.
La palabra que habeis dado
al Infante::: *Infant.* No la acepto,
supuesto que adora Octavia
al Príncipe, y desde luego
suplico al Emperador
confirme lazo tan Regio.
Rey. Mi palabra ha de cumplirse,
dándole la mano luego
el Infante á la Princesa,
llevando en dote el Imperio
de Syria. *Princ.* Yo lo confirmo,
pues lo ordenaron los Cielos.
Alex. Y yo, y Octavia, señor,
por favores tan supremos,
besamos tus pies Reales.
Tabac. Porque demos fin con esto
al Maestro de Alexandro,
perdonando nuestros yerros.

FIN.

Se hallará ésta y otras varias en la Librería de Quiroga Calle de Carretas, con un gran surtido de Comedias, Tragedias, Autos Sacramentales, Trinólogos, Diálogos y Unipersonales, como tambien de Saynetes y Entremeses.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.40
no.4